

d i c i e m b r e

1 9 6 0

revista de la UNIVERSIDAD de México



Volumen XV, Número 4
México, diciembre de 1960

Ejemplar: \$ 2.00

**UNIVERSIDAD NACIONAL
DE MEXICO**

Rector:
Doctor Nabor Carrillo

Secretario General:
Doctor Efrén C. del Pozo

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:
Jaime García Terrés

Coordinador:
Henrique González Casanova

Secretarios de Redacción:
*Carlos Valdés, José Emilio Pacheco
y Juan Vicente Melo*

La Revista no se hace responsable de
los originales que no hayan sido so-
licitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 109 piso, Ciudad
Universitaria, México 20, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00
Suscripción anual: „ 20.00
Extranjero: Dls. 4.00

Franquicia postal por acuerdo presi-
dencial del 10 de octubre de 1945, pu-
blicado en el D. Of. del 28 de noviem-
bre del mismo año.

PATROCINADORES

—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTE-
RIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—UNIÓN NA-
CIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S.
A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN,
S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZU-
CARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES
ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—LOTERÍA
NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚ-
BLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—
BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S. A.—
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA.

Esta revista
no tiene agentes
de suscripciones

S U M A R I O

EDITORIAL

La feria de los días

Jaime García Terrés

POESÍA

Poemas familiares

Ernesto Mejía Sánchez

ENSAYOS

El balance de la culpa

C. Wright Mills

Tolstói o de la purificación

Ramón Xirau

Un nuevo derecho para una época nueva

Jorge Castañeda

FICCIÓN

Una vez por todas

Manuel Mejía Valera

MÚSICA

Jesús Bal y Gay

CINE

Emilio García Riera

TEATRO

José Luis Ibáñez

LIBROS

Ramón Xirau, Jaime Espinosa Ramos

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

José Emilio Pacheco

Dibujos

Juan Soriano

Portada

Ricardo Salazar



Chagall: El nacimiento del mundo.

la feria de los días

AL EXPLORAR hace poco los anaqueles de una de las cada vez más escasas librerías de viejo que han quedado en la ciudad, tropecé de pronto con un libro titulado *México al día* y suscrito por el señor Adolfo Dollero. Ni aquel rótulo ni este nombre me hubieran hecho adquirirlo, pues nada me decían; en cambio picaron mi curiosidad la fecha de la edición (1910); la noticia de que se trataba de un "relato fiel de lo que yo he visto y de mis impresiones personales", y el haber averiguado que el "yo" que así hablaba era un visitante extranjero capaz de garantizar una "franqueza... ruda", un acopio suficiente de datos necesarios, y un deseo explícito de "decir la verdad aun cuando no agrade". ¡Qué mejor lectura para las últimas semanas de este año en que conmemoramos —cada cual a su modo— el medio siglo de nuestra revolución, que la de tamaño testimonio de primera mano!

Y en efecto, no me arrepiento de la adquisición del volumen del señor Dollero (por lo demás, publicado en cinco idiomas: castellano, inglés, francés, italiano y alemán). Gracias a él me he enterado, al fin, de la verdad. O sea, que la Revolución mexicana, cuyo medio centenario hemos celebrado con innegable solemnidad, y que en la escuela nos enseñaron desde siempre a escribir con respetuosas mayúsculas, es ni más ni menos que un enorme mito.



HE AQUÍ LAS PRUEBAS:

a) El señor Dollero visitó en aquel tiempo el norte de nuestro país. Especialmente permaneció un medio día en los viñedos de la familia Madero, "bien cultivados y bien regados", aunque "la vid no tiene el mismo desarrollo que en Europa ni da la misma cantidad de uva"; allá saboreó varias clases de vinos, en particular "el tipo Sauterne, el Málaga, Moscatel y el Claret, tipo de California". Lo cual no le impidió un análisis concienzudo de la situación, como puede verse en seguida:

"Yo deseaba formarme una idea exacta de lo que había sucedido porque la prensa alarmista había descrito los hechos de tal manera que parecía se hubiera tratado de una gran revolución peligrosa para el bienestar de la joven república. Nada de eso. Algunos mexicanos desterrados desde hace varios años intentaron pescar en aguas turbias, fomentando desórdenes entre elementos ignorantes y lograron provocar no una verdadera revolución, sino varios ataques injustificados y actos de vandalismo en algunas aldeas sin importancia. Se había di-

cho que los desórdenes debían de estallar simultáneamente en varias ciudades de la frontera norte, pero todo se redujo a pocas intenciones de un populacho deseoso de aprovechar el desorden bajo pretextos políticos.

"Hablamos con el Alcalde de Viesca, agente también del Banco de Nuevo León y rico comerciante y le suplicamos nos favoreciera algunos informes sobre lo acaecido para no equivocarnos en la narración de los hechos. El Alcalde nos enseñó pruebas inequívocas de los numerosos proyectiles disparados de arriba para abajo en contra de sus criados y de su familia, prueba indudable que debería tratarse de bandoleros, pues era imposible suponer que personas animadas por fines políticos pudieran cometer violencias en contra de señoras, niños y criados que seguramente no podían tener ninguna participación en el Gobierno establecido.

"Además varios de los principales autores de tales violencias eran deudores personales del Alcalde, e intentaban liquidar sus cuentas con un sistema de absoluta novedad. Nos convencimos de esto al examinar personalmente los libros de contabilidad.

"Por lo tanto, todo se redujo a un ataque por sorpresa verificado por algunas decenas de hombres de malas intenciones y dispuestos al pillaje que en efecto realizaron en algunas oficinas públicas en donde encontraron gente inerme o escasa resistencia. Por lo contrario, de la casa del Alcalde de donde pretendían obtener \$ 20,000, se alejaron a toda prisa tan pronto como comprendieron que habría habido una resistencia enérgica.

"No faltan nunca descontentos y sería imposible pretender que no hubiera en México también, pero en el caso citado es absurdo creer en una revolución no lograda, cuando los asaltantes pertenecían todos a las bajas capas sociales y estaban mandados por analfabetas.

"Hoy día el pueblo mexicano ha podido conocer bien las enormes ventajas de la paz que desde tantos años impera en la República, y comprende que cualquiera revolución solamente podría perjudicar el progreso y bienestar de la misma. Por lo tanto es mi convicción personal que es una utopía pensar en una revolución: los mexicanos quieren a su patria y no hay duda que no querrían exponerla a una posible intervención armada por parte de los Estados Unidos del Norte que no podrían quedar inactivos si vieran algún peligro para los enormes capitales que han invertido en la República. La generación de los revolucionarios puede decirse que ha acabado: la generación nueva, educada a la moderna, que conoce los tristes resultados de las guerras civiles, que conoce el verdadero progreso y la verdadera civilización se levantaría en contra de cualquiera que intentara conducir a su patria en una marcha retrógrada y se reuniría entonces con más vigor que nunca, alrededor de la bandera tricolor y del anciano patriota que tantos años rige sus destinos! Diré más: creo que hasta en caso de una desgracia nacional como sería la falta del jefe actual de la República, no tendrían lugar desórdenes o intenciones de revolución y que la nación procedería a nuevas elecciones con la calma y la educación civil dignas de un país moderno."

b) Naturalmente, después de escritos los anteriores renglones continuaron ocurriendo movimientos armados, y circulando rumores alarmistas. Pero de ellos dispone, con la ruda franqueza que lo caracteriza, el luminoso periodista italiano radicado entre nosotros (me refiero, por supuesto al señor Dollero), en una nota ubicada en la página 850 del volumen que poseo, entre un emocionado "¡Adiós! ¡Adiós!" y unos datos sobre la extensión territorial aproximativa de los

Estados y Territorios de la República Mexicana. La nota dice así:

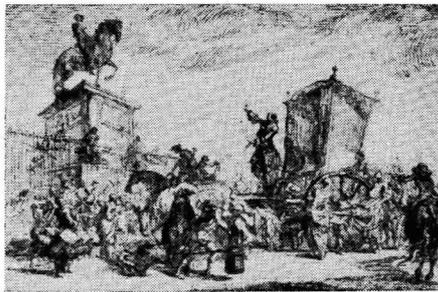
"Pudiera llamar la atención el hecho de no haber mencionado en este libro los acontecimientos que se han estado desarrollando en Chihuahua durante estos últimos meses. La razón es sencilla. Conociendo bien al país y a los habitantes no puedo conceder a esos movimientos una importancia que no merecen. Debo pues confirmar acerca de la marcha futura del país, de su seguridad actual y de sus ideas políticas todo lo que he escrito al hablar de Viesca (Coah.) ¿Si México hubiera estado ansioso de cambiar radicalmente su Gobierno y de conquistar mayores libertades civiles por medio de la violencia, qué mejor oportunidad para un levantamiento general? Esto es precisamente lo que no ha sucedido. Entre los malcontentos no he podido encontrar un solo nombre de prestigio, una persona sola que haya sido siquiera conocida antes en el país y capaz de atraerse simpati-

zadores... Si esta situación se ha prolongado más de lo esperado en el Estado de Chihuahua, se debe a las condiciones especiales de esa *sierra* extraordinariamente abrupta, sin centros de importancia, y llena de gargantas, de barrancas y desfiladeros, en donde un puñado de hombres puede fraguar emboscadas, esconderse y reaparecer con ese conocido y siempre nuevo sistema de guerrillas que dificulta tanto una acción uniforme y violenta en su contra. Repito pues que esos acontecimientos, por cuan lamentables, no se pueden titular *revolución* ni pueden influir sobre la marcha decidida del país hacia el progreso."

SI HE DE SER a mi vez franco, aunque sin rudeza, debo advertir que el señor Dollero incurre en algunas exageraciones. Por ejemplo, al asegurar la ausencia entre los malcontentos, de "un solo nombre de prestigio,

una persona que haya sido siquiera conocida antes en el país y capaz de atraerse simpatizadores." Aunque sólo fuera por la cantidad de vino que le fue ofrecida en los viñedos de la familia Madero, hubiera sido preferible que nuestro autor midiera este apellido con una vara un poco más indulgente. En todo caso, es de agradecerse que su devoción a la verdad, "aun cuando no agrade", nos haya descubierto, a cincuenta años de distancia, la naturaleza insignificante, la definitiva trivialidad, de eso que solemos llamar Revolución Mexicana y que, por lo visto, ni merece un tratamiento en tal forma, ni modificó jamás, a despecho de cuanto se nos alega en contrario, el rumbo de nuestra historia. A no ser por estos periodistas italianos que llegan a México en ocasiones críticas y ponen los puntos sobre las íes, ¿qué sería de nosotros?

—J. G. T.



El charlatán, 1760

POEMAS FAMILIARES

NEW ORLEANS

EL DÍA color de mono o desesperanza o tedio o laurel de hace días en la frente del que manda más de un día sin bajar a la plaza. Y la mujer, echada porque quién irá de compras o se cortaría el pelo. En Honduras, hace un siglo, cayó una lluvia de peces, en Bermudas, una de caracoles, en Sodoma, en Gomorra . . . Que llueva pájaros o átomos, pero este animalillo triste y acartonado y por dentro podrido como excremento, saliva o sangre verde pisoteados por nazis . . . Dios, digo, ha permitido este bochorno a la ciudad impía llena de iglesias que espera el Carnaval para hacer en la calle una vez cada año lo que no tienen tiempo para hacer en su casa. El suelo pegajoso, húmedo, alaste, sucio, humeante, resbaloso como pecado, como sonrisa de viejo que ve orinar a una niña y se persigna.

A JUANA, MI HIJA

GIRAS como la luna, criatura, entre mis manos. Tan dulcemente giras que la velocidad de la mirada no eclipsa el yo pequeño que brilla en tus pupilas; girasol de mi alma, dulce mordisco rosa de mi entraña, niña de mis ojos, fervor de carne más querido, más antiguo, más alto que tu misma inocencia. Espuma de la dicha, brasa, chispa de amor que siempre no quema y regocija. Estoy al pie de la escalera, pero tú no me ves. Me pierdo en tu mirada como los polvillos de la luz. Brillo, brillo por ti no más, y para ti, heliotropo, sol cambiante, tornasola mi alma, torna, sol, a mirarme.

TERCER NACIMIENTO

UNO espera encenderse el foco rojo y el rostro borroso tras el cristal aséptico mientras la mujer tendida delira llamando al hijo y no al hombre.

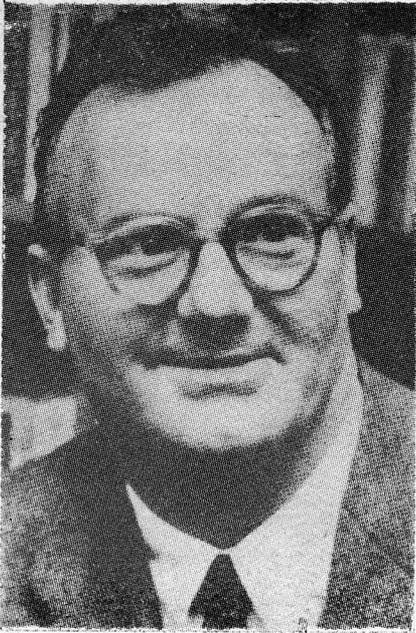
Delicias de la paternidad sin pareja.

Ves que la mujer se pierde por los hijos de tu carne y tú también vas tras ellos y te olvidas de la suya. Pero vendrá, vendrá un día en que todos seremos inseparables como la uña de la carne.

EL BALANCE DE LA CULPA

NOTAS SOBRE LA GUERRA FRÍA, 1960

Por C. WRIGHT MILLS



● C. Wright Mills: profesor de sociología en la Universidad de Columbia, ha escrito muchos libros, traducidos en toda Europa y América Latina. Su obra publicada más recientemente es *Listen, yankee*.

El presente ensayo está formado con los materiales que el autor usó en la nueva versión de *Las causas de la Tercera Guerra Mundial*, que editará Ballantine Books dentro de poco. Al publicarse en 1958, muchas reseñas consideraron que este libro era una de las aportaciones fundamentales del pensamiento estadounidense a los grandes temas contemporáneos.

I

EL DESASTRE de la Conferencia en la Cumbre ilustra nuevamente las causas inmediatas de la Tercera Guerra Mundial. Estas radican en la terrible semejanza de ambos contendientes: la actuación de uno enoja al otro, el otro reacciona y, a su vez, irrita al primero. Hay causas intermedias tras esta simetría: la frialdad del ambiente y las mortíferas reservas de armamento formadas por la previa política y la falta de política de ambos. Las causas básicas, naturalmente, parecen ser parte del desarrollo de la historia mundial del siglo xx.

Los dos campos en lucha cuentan con hombres y fuerzas que trabajan por la paz; también con hombres y fuerzas que quieren la guerra. Pero en lo que se refiere a la interacción de los dos campos, hay una enorme diferencia entre la política de los belicistas y la política de los pacifistas: los triunfos de los partidarios de la guerra en cada uno de los bloques tienden a acumularse; lo cual no sucede en el mismo grado con los pacifistas de ambos bloques. Los planes materiales de defensa y ataque —fuente inmediata del peligro— se aceleran y crecen con el éxito y con la influencia mutua de los grupos pro-bélicos; y a menudo resulta difícil contrarrestar el efecto de estas medidas. Los destructores de un lado fortalecen a los destructores del otro — y así se acentúa la terrible dialéctica que existe entre los dos. El terror mutuo que alimenta a esta dialéctica, que a su vez acrecienta aquél, se acumula con mayor rapidez y con resultados más decisivos que cualquier confianza recíproca erigida, lenta y tortuosamente, por los pacifistas.

El desastre en la Cumbre demuestra esta simetría en las acciones de las éli-

tes y las ventajas que llevan los belicistas de ambos lados que desean la guerra.

Los estadistas que iban a reunirse en París no llegaron solos ni se encontraban en un ámbito vacío; cada uno traía consigo una tradición política; sobre cada uno pesaba la presión interna del país y el bloque a que pertenecían.

En el campo norteamericano las fuerzas bélicas habían ganado, al parecer, hegemonía durante el bienio anterior a la reunión.

La prueba más inmediata y evidente de ello fue el vuelo del U-2, que, recordémoslo, ocurrió la víspera de la reunión de París, al tiempo que se realizaban pláticas para acabar con las pruebas atómicas, y cuando la tecnología militar había llegado a un punto en que cualquier interpretación errónea de tales vuelos como ataques, podría evidentemente causar un auténtico contrataque y así precipitar la Tercera Guerra.

Los vuelos de los U-2, desde cualquier punto de vista racional que se les considere, eran actos de provocación; constituían una clara violación del derecho internacional; más aún, eran actos de agresión. Por supuesto, sabemos que “soberanía” y “agresión” son palabras sujetas a interminables definiciones legalistas, y que ambos lados con frecuencia, si no continuamente, “cometen actos de agresión” contra el bando contrario. Pero basta preguntarnos ¿qué harían los norteamericanos si un avión de reacción soviético fuera derribado mil doscientas millas dentro del “territorio soberano de los Estados Unidos?” Es cierto que los satélites que lanzan los soviéticos y los norteamericanos vuelan alrededor de la Tierra sobre todas las naciones; pero, al menos hasta ahora no sabemos si son capaces de lanzar un ataque atómico y esto es precisamente lo que pueden hacer los aviones de reacción. La posibili-

dad de una mala interpretación “accidental” de sus intenciones, coloca a los aviones y a los satélites en categorías diferentes, al menos por ahora. También es cierto que todas las potencias emplean espías; pero un avión de reacción que vuela sobre el territorio de otro país es evidentemente muy distinto de un espía o de un diplomático que lleva una caja llena de micrófonos.

A pesar de todo, los rusos le dejaron una salida al Presidente. No se aprovechó de ella; no alegó ignorancia de la aventura, con una actitud diplomática que era de esperar. Por primera vez en la historia moderna un jefe de Estado admitió su responsabilidad personal en un acto de espionaje.

Más aún: mintieron los altos funcionarios de los Estados Unidos —y se vieron atrapados en la maraña de sus mentiras. Primero se dijo que el avión volaba en misión meteorológica y accidentalmente se había perdido cerca de la frontera, y que los Estados Unidos nunca han violado intencionalmente el espacio aéreo soviético. Después, que los aviones estadounidenses habían volado sobre Rusia; pero que este vuelo del U-2 no fue autorizado por Washington. Más tarde se aseguró que estos vuelos estaban autorizados efectivamente, que el Presidente tenía plena conciencia de ellos, y que continuarían si se juzgaban necesarios para la defensa. También se confesó que los vuelos se habían realizado ya durante varios años; invadir el espacio aéreo de otros Estados soberanos a la altura de los vuelos de reacción —tal es la política de largo alcance, ahora confesada por los Estados Unidos.

Poco antes de la Conferencia en la Cumbre, el Presidente declaró que pronto abandonaría la reunión delegando sus facultades en las negociaciones a un

subordinado. Más tarde, durante el intercambio de injurias, este subordinado, que tenía buenas posibilidades de convertirse en el próximo Presidente de los Estados Unidos, defendió los vuelos U-2 "en las condiciones actuales". Mientras se llevaban a cabo en Ginebra las negociaciones sobre las pruebas atómicas, los Estados Unidos anunciaron la reanudación de las explosiones de pruebas subterráneas, y así rompieron unilateralmente la incierta tregua que había estado en vigor desde 1958. Unos días después se cambió el comunicado; se dijo entonces que la serie de pruebas no incluía explosiones nucleares. Durante el conato de Conferencia en la Cumbre el jefe de la defensa de los Estados Unidos ordenó un alerta militar universal, una "prueba de disposiciones pre-bélicas". Estos últimos sucesos —los que siguieron al abatimiento del U-2— fueron, naturalmente, respuestas al comportamiento soviético, parte de la interacción entre ambos. ¿Cómo actuó, a su vez, la Unión Soviética?

La Unión Soviética no es totalmente monolítica, y mucho menos el bloque soviético. Tiene asimismo fuerzas que quieren la paz y fuerzas que quieren la guerra. Se ve claramente que el señor Khrushchev no es un dictador al modo de Stalin; es el personaje principal de un reducido grupo que constituye el núcleo de la élite de poder soviética. En ella se discuten diferentes rumbos políticos, y estas discusiones responden a distintas propuestas de grupos externos —la élite china, por ejemplo, o los deseos del pueblo ruso de tener un nivel material de vida más alto. El señor Khrushchev había conseguido contener las fuerzas de la guerra fría que existen en su campo en el período anterior a la Junta en la Cumbre. Es más, dentro de ese campo, su propia carrera en lo que se refiere a decisiones sobre asuntos extranjeros, se funda en la política de coexistencia y de negociación. En sus esfuerzos por imponer tal política se ha creado oponentes tanto en sus propios altos círculos como en los de su aliado más importante. El vuelo del U-2 y el modo en que fue tratada su revelación

por los oficiales de los Estados Unidos proporcionaba a su oposición la excusa final, la excusa necesaria. Aquí estaba, según dijo el gobernador Stevenson al hablar del vuelo, "el marro y la barreta" para la guerra fría del bloque soviético.

Que el señor Khrushchev cambiara o no de opinión tiene menos importancia que su actuación como jefe de su propia élite, y en París se portó con grosería inaudita: afirmó que el señor Eisenhower —cuya visita a la Unión Soviética ya se preparaba— no sería bien recibido en ese país; y exigió que el Presidente censurara tales vuelos, que se castigara a los "directamente culpables", y que se prometiera que tales vuelos no continuarían. Entonces y no antes el señor Eisenhower declaró que se habían "suspendido" los vuelos de los U-2 desde el incidente del primero de mayo, y que "no se reanudarían" Todo esto, se dijo, causó sorpresa en Washington. El señor Eisenhower se negó a cumplir las otras dos demandas en todo o en parte. No buscó al señor Khrushchev para disculparse por el vuelo. No reconoció públicamente que los vuelos constituían una violación de la ley internacional. Insistió en que los Estados Unidos no habían hecho nada malo.

Los portavoces soviéticos atribuyen a la invasión estadounidense, y al modo en que en Washington se manejó el incidente, el fracaso de la Conferencia en la Cumbre; en Berlín más tarde, el señor Khrushchev inesperadamente asumió una postura conciliatoria ante el problema de Alemania. Portavoces de los Estados Unidos y de la OTAN generalmente atribuían al comportamiento del señor Khrushchev en París el fracaso de las negociaciones; le acusaban de tratar de destruir la reputación del Presidente en sus funciones de dirigente mundial. Nunca llegaron a confesar que el modo en que los Estados Unidos trataron el incidente del U-2 podría haber sido la razón principal del comportamiento del señor Khrushchev en París.

Pero apartémonos unos momentos de esta serie especial de sucesos. ¿Acaso el análisis de los sucesos internacionales

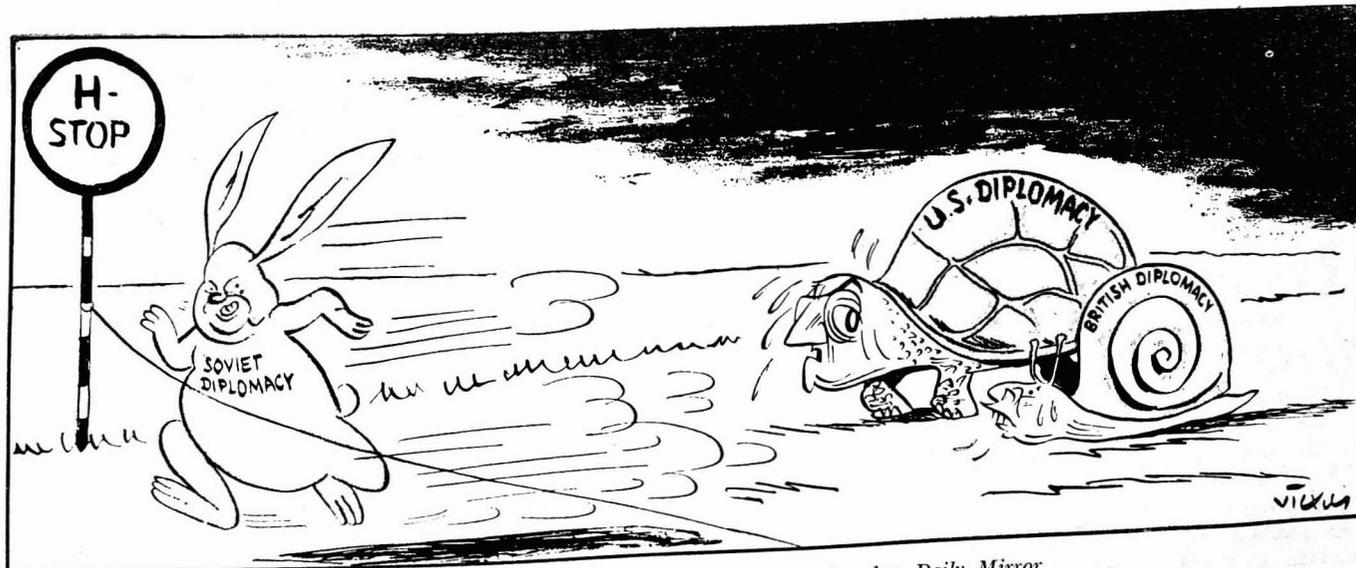
recientes puede hacernos pensar que la Unión Soviética tiene la responsabilidad continua y unilateral del peligro de la guerra? ¿No está claro que hay un balance de culpa en la mecánica de la guerra fría que está llevando a la humanidad hacia una Tercera Guerra Mundial? En caso de guerra tal pregunta resultaría superflua; pero aún no lo es. Supongamos que estallara la guerra, por ejemplo, por una mala interpretación accidental de aviones de espionaje considerados como bombarderos atómicos. ¿Quién tendría entonces mayor responsabilidad: los Estados Unidos o la Unión Soviética?

Creo que la respuesta variaría en diferentes períodos de la posguerra. Desde este momento creo que la respuesta es que la mayor parte de la culpa la tendrían los Estados Unidos. Pero tales consideraciones poco consolarían a los hombres cuerdos de ambos lados. El hecho vital es que existe un balance de culpa, no el que la culpa esté de un lado o del otro. Lo de importancia vital es la nociva semejanza de acción; en ella encontramos las causas estratégicas de una Tercera Guerra Mundial.

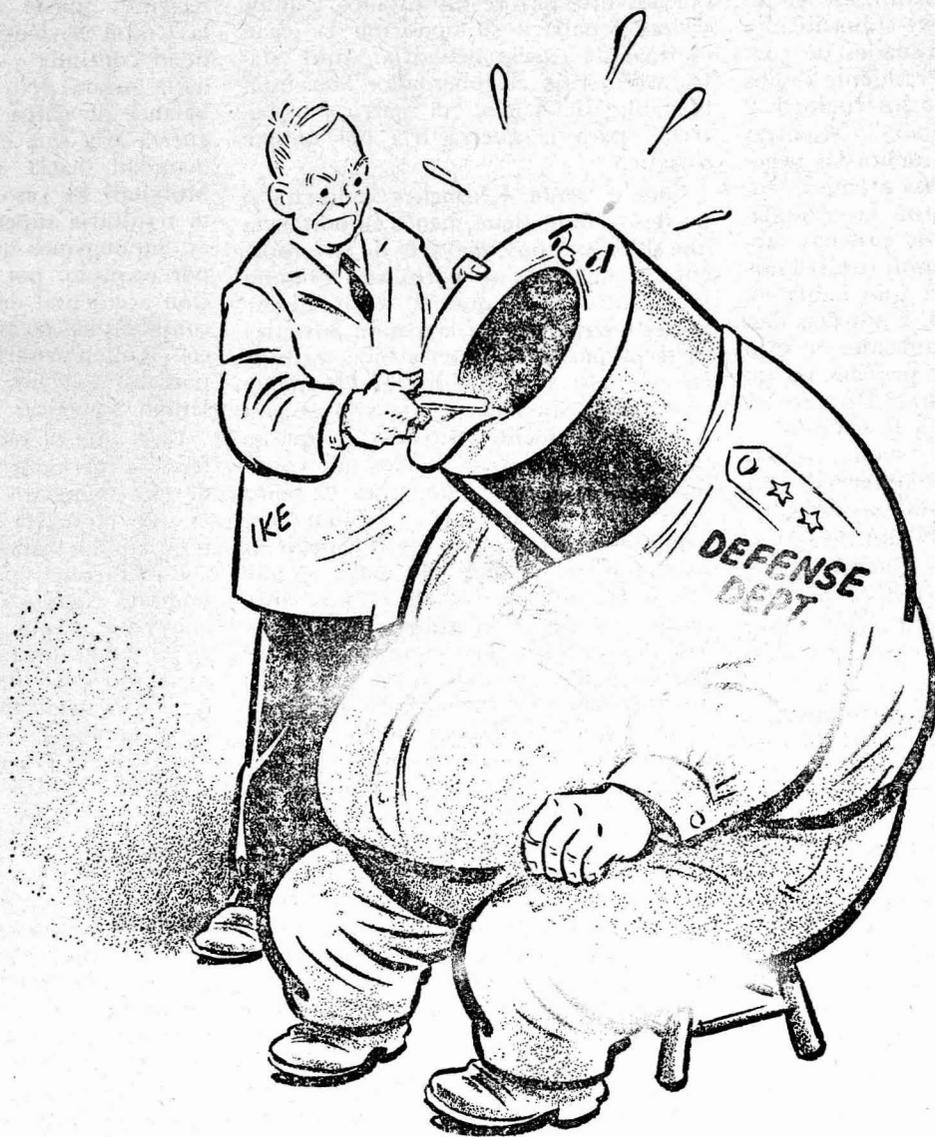
II

Me encontraba en Moscú completando una serie de entrevistas con intelectuales soviéticos cuando apareció la noticia del vuelo del U-2. Había ido allá a recoger el material necesario para varios trabajos de investigación. Un aspecto de los sucesos me causó tal impresión que creo necesario consignarlo aquí.

Las diferencias morales e intelectuales que existen entre los pueblos soviéticos y los de la OTAN son más profundas que las diferencias de opinión de retórica política, de ideales, de sinceridad de las convicciones, de grados de lo razonable. En cuanto a sus convicciones y creencias, lo que separa a los dos mundos es ni más ni menos que las definiciones de la realidad en razón de lo que observa cada cual, de lo que cada cual piensa, siente y juzga. Tras de esta diferencia hay, por supuesto, una experiencia radicalmente diferente, hay una



"No te preocupes, es sólo propaganda." Vicky.—London Daily Mirror



¿Devora mucho o poco dinero la defensa? White — Akron Beacon Journal

historia diferente en sí. Cuando uno se encuentra allá, se tiene conciencia de que la opinión y la información, por simple que sea, se encuentra en ambos lados distorsionada por la hostilidad. Estoy convencido de que por razones diferentes esta imposibilidad de la comprensión (aun del esfuerzo de entender dónde está el problema) es tan grande en el Occidente como en el Oriente. Hay una cortina de hierro; también hay de este lado una cortina de acero inoxidable. Y ambas están en la mente y en las fronteras.

La comprensión se hace imposible si continuamente el espíritu se cierra en el propio concepto nacionalista de la realidad, o si se aferra a las condiciones derivadas de la experiencia de o con el stalinismo. No se puede reaccionar simplemente ante una palabra, un lema, una propuesta de los que usan los intelectuales o los dirigentes soviéticos, suponiendo que se ha entendido toda la intención del significado. Se debe buscar con paciencia para descubrir el sentido; se tiene que reunir lentamente el vocabulario adecuado para comprender lo que el otro intenta expresar.

Sólo un número exiguo de personas en ambos lados se encuentra empeñada en esta clase de trabajo.¹ Y, claro está,

los occidentales que tratan de hacerlo corren el riesgo de que se les censure de "no poder entender la amenaza del comunismo", o de "filocomunistas". Creo que, traduciéndola, esta acusación generalmente quiere decir:

1. Que no nos satisfacen las definiciones oficiales y semioficiales de la realidad del mundo, y en particular de la realidad soviética, que forman hoy día el denominador común de creencias de las naciones de la OTAN. No me encuentro preparado para emitir juicio sobre muchos puntos específicos de los asuntos internos de la Unión Soviética y de sus relaciones internacionales —puntos sencillamente supuestos en mi país. O existe en mí cierta ambivalencia o sólo soy un ignorante. Pero además no creo que haya nadie que realmente conozca los hechos sobre los que se podría juzgar: el trabajo necesario para llegar a ese conocimiento no lo han hecho muchos, y a menudo las condiciones políticas son tales que el esfuerzo no puede hacerse. En los altos círculos de donde emanan las decisiones y en los de los portavoces semioficiales de ambos países, no veo que haya un número considerable de personas que pueda realizar la labor necesaria para el entendimiento de los puntos de vista del otro.

2. La fácil acusación de ser "ingenuo con los rusos" quiere decir, según entiendo, que muchos que suponen que saben "todo lo que hay que saber de este peligro" ya han decidido desde lejos, y desde hace algún tiempo lo que es la Unión Soviética. Muchos intelectuales del mundo Occidental han sufrido grandes daños por participar en movimientos comunistas y radicales. Juzgan a la Unión Soviética basándose en su propia experiencia con los partidos comunistas del Occidente, en la mayoría de los casos durante la era stalinista. Muchos de ellos son ahora miembros del viejo futilitarismo de la izquierda liquidada. En esto creo que he tenido suerte: por diversos incidentes de mi vida nunca he sido miembro, ni soy ahora miembro de ninguna organización política comunista (según dicen), ni de otra clase. Ni he sido, que yo sepa, simpatizante de ninguna organización de esta clase.

3. Tal vez por ello al discutir la paz y la guerra no he sentido una necesidad incesante de repetir lo que llena los periódicos norteamericanos: las maldades de los incorregibles gobernantes soviéticos. El gran número de estos escritos (que responsabilizan unilateralmente a los soviéticos por la amenaza de la guerra) sirve para reforzar la barrera in-

salvable ante la que nos encontramos. Debemos romperla, y el único modo posible es comenzar con uno mismo. Para hacerlo, y como escritor americano, se tiene que comenzar por examinar detenida y severamente la postura monolítica de sus conciudadanos y de sus colegas intelectuales ante la guerra fría. Tal vez si yo escribiera como británico, principalmente para la Gran Bretaña, no necesitaría hacer hincapié. En ese país se ha estado sosteniendo un debate muy real y amplio. En los Estados Unidos ha sido más bien que un debate público, un ruidoso intercambio de trivialidades bipartidistas y de aburridas quejas del viejo futilitarismo. Durante el siglo XIX y la primera parte del XX, bueno es recordarlo, muchas generaciones de sociólogos estudiaron los orígenes y el desarrollo del capitalismo liberal como fenómeno histórico del mundo. Hans Gerth tiene sin duda razón cuando observa que, de modo parecido, debemos ahora prestar atención al surgimiento y al desarrollo del comunismo en todas sus variantes. El que no sienta una gran humildad intelectual ante tal tarea, será un insensato. No es ésta, por supuesto, una actitud de "nada sé"; aunque me doy plena cuenta de que los dogmáticos de ambos lados aseveran que así es. Mas no importa. Ensayos como éste de carácter experimental no son para ellos. No quieren abandonar sus ideas, ni siquiera porque son tan inocentes y simples.

Para poder comenzar a pensar claro, para entender algo tan complejo como la guerra fría, debemos tener presente lo que esto significa. Es nada menos que intentar comprender toda la historia actual del mundo. Me parece que ha llegado el momento de volver a enjuiciar en su totalidad "el fenómeno soviético". Y deben hacerlo los intelectuales del Occidente sin considerar a los partidos comunistas occidentales, la guerra fría, la ideología propia de los soviéticos, el fracaso de varias interpretaciones marxistas (no comunistas) de sus realidades. Lo que se necesita es una nueva interpretación de la Unión Soviética, considerando el lugar que ahora ocupa en la historia del mundo, y de su concepto sobre una nueva izquierda en los países occidentales y en las regiones no desarrolladas. Después de todo, la imagen que se tiene del bloque soviético y la desilusión del comunismo es lo que origina la apatía aristocrática que existe en los Estados Unidos para los nuevos intentos políticos, la abstención de actividades políticas, la elegante inactividad, y la negación de toda esperanza; en suma, toda la insolvencia política y cultural de los intelectuales de la OTAN durante los últimos 15 años.

Si rechazamos la postura anterior, debemos entonces seguir adelante y responder claramente a esta pregunta: ¿qué es exactamente lo que pensamos del bloque soviético y de sus posibilidades?

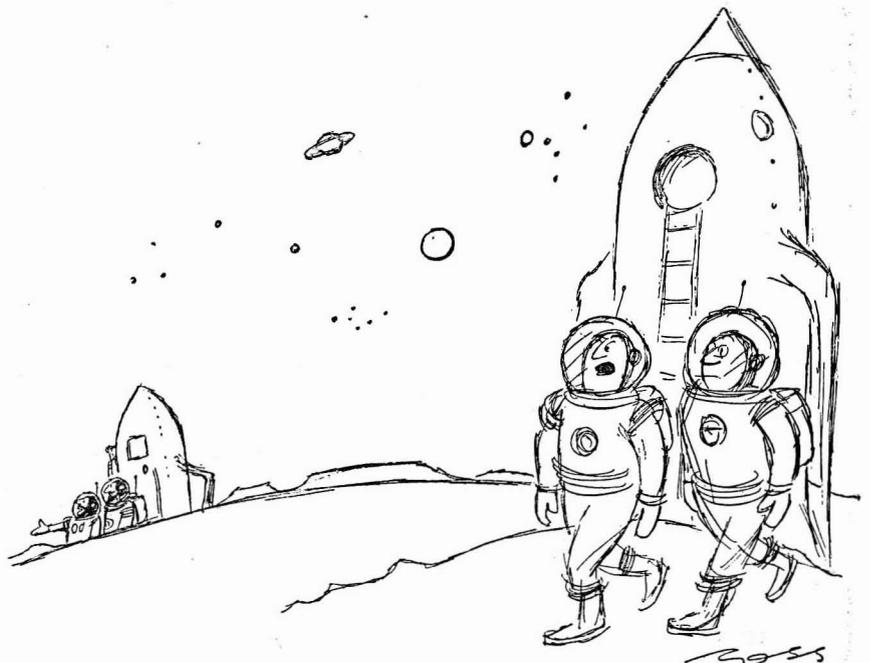
No es posible ni necesario que responda aquí cabalmente a la pregunta. Lo más importante para el tema de la guerra y de la política pacifista (en lo que se refiere a Rusia) es nuestra opinión sobre su política externa y los asuntos domésticos y de su bloque que puedan influir sobre esa política.

Esto requiere que tratemos seriamente de retirarnos de la escena actual y de considerar la lucha mundial en un contexto histórico. Requiere también que



—National Union Party Cartoon, 1964

"Montar dos caballos: la guerra y la paz"



—Saturday Review

"Son rusos. Hazte disimulado"

tengamos siempre en cuenta ciertas comparaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Por ejemplo: es obvio que las diferentes imágenes de la Unión Soviética dependen no sólo de la seriedad con que consideremos los cambios efectuados desde la muerte de Stalin, sino también de la seriedad con que tomemos la falta de nuevos rumbos y el poco uso de la libertad en los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. Trillados estereotipos y abstracciones fanáticas obstruyen nuestro juicio.

No es adecuado tener ideas simplistas. No es cierto que un lado sea dogmático y el otro tolerante. Se esté o no de acuerdo con ellos, las opiniones de muchos portavoces intelectuales soviéticos son tan "razonables" como las de muchos norteamericanos. El hombre y la mujer soviéticos, además, son tan "sinceros" como los norteamericanos — y a veces más, aunque sólo sea porque han experimentado la guerra de modo distinto que los norteamericanos.

Yo no creo que en el bloque soviético todo sea mentira, y en el de los aliados todo sea verdad. Ambos están plagados de mentiras y en ambos abunda la verdad; la guerra ideológica que llevan a cabo es en su mayoría una pugna de hipocresías. Y en los dos sistemas, la gran mentira que más debe preocuparnos es la de que la guerra constituye todavía la base de una política concebiblemente humana. En este aspecto, es muy difícil efectuar el balance de la culpa, puesto que tras el común espíritu militarista existen dos sistemas de vida totalmente distintos, que se encuentran en diferentes etapas de desarrollo histórico, de desenvolvimiento y de objetivos.

1. Ante todo debemos comprender la magnitud de la experiencia soviética en la Segunda Guerra Mundial. Cualquiera que hable con un ruso se dará cuenta de lo que significaron para ellos veinte millones de muertos: es algo que la mayoría de los norteamericanos no pueden siquiera imaginar. En proporción a ellos la guerra sólo les costó una cantidad pequeña de bajas; pero no tuvieron ninguna devastación. Al contrario, la guerra produjo una gran bonanza.

2. Para los soviéticos, "el Occidente" incluye la Alemania Occidental. (Ayer era la Alemania nazi; hoy, reconstruida con la ayuda de los Estados Unidos, es la punta de lanza de la OTAN; mañana tendrá armas atómicas). Recuerdan la gran espera del Segundo Frente. El repentino fin de la ayuda de préstamo y arrendamiento al terminar de combatir; la amenaza de "despejar" lo que ellos consideran el poder soviético de defensa, cuando Estados Unidos tenía el monopolio de armas atómicas. Y se ven circundados por bases estadounidenses de proyectiles y por el Mando Aéreo Estratégico —dotados de bombas H— y ambos emplean sus bases para aviones de reacción que invaden el espacio aéreo ruso.

3. Por estas razones, y muchas otras (algunas ciertas, otras imaginarias) los rusos consideran que la diplomacia soviética, y especialmente los esfuerzos de Krushchev, tienen intención conciliatoria: dos veces han reducido sus fuerzas armadas, lo cual, aunque carezca de importancia militar, es importante para ellos; unilateralmente han cesado en sus pruebas nucleares; se han deshecho de algunas bases en el extranjero; han tomado la iniciativa en desocupar y en neutralizar a Austria; se esforzaron por

terminar la guerra civil en Indochina; han tratado continuamente de parlamentar con los jefes occidentales para reducir tensiones; han propuesto lo que ellos consideran un plan importante de desarme; después del desastre en la Cumbre no han intervenido en Berlín de la manera esperada; y han reformado las propuestas de desarme en un esfuerzo por entenderse con el Occidente.² Olvidemos por ahora si su intención es cinca o no; lo importante es que constantemente han tomado la iniciativa.

4. El pueblo soviético comprende —aunque ambiguamente todavía— lo que significa el stalinismo. Recuerdan los trabajos forzados, el terror, el espionaje, los actos inhumanos, y consideran que desde su muerte ha comenzado una nueva era. Su sentimiento predominante es el deseo y la esperanza de tener más y mejores productos de consumo, y un descanso en sus duras labores; confían en que por medio de la automatización y la organización, el trabajo va a ser más agradable.

Insistimos de nuevo en que no importa tanto que nosotros creamos esto; lo importante es que muchos de ellos lo crean. La política exterior soviética se basa en tales circunstancias. Su política en la guerra fría y la diplomacia dependen ahora de esta visión del mundo y de la creencia de que tienen una nueva oportunidad.

Muchos aceptan opiniones ya formadas sobre los temas que ahora vamos a reconsiderar.

III

"¿Podemos fiarnos de los rusos?" La respuesta es negativa. Simplemente en materia de fe, no podemos confiar en la élite de ningún Estado que tenga gran poder. Los hombres y las mujeres comunes no podemos fiarnos de nuestros jefes; ni de la Agencia Central de Inteligencia, ni de los militares de alta graduación del Pentágono, ni de los del Mando Aéreo Estratégico. No podemos fiarnos de De Gaulle o de "los franceses". Todo lo cual significa simplemente: el peligro acecha por todas partes.

Sólo puede confiarse en un Estado cuando se trata de su propio interés. La pregunta útil no ha de ser: ¿podemos fiarnos de tal nación o de tal élite? sino, primero, ¿qué es lo que ellos consideran su interés? Y segundo, ¿manifiestan cordura o demencia en el uso de las armas nucleares? En mi opinión, la respuesta a la segunda pregunta en relación con las élites norteamericanas y soviética es: manifiestan mayor demencia que cordura. Pero consideremos la primera pregunta.

La agresión no es la característica permanente de un Estado; es una etapa que tarde o temprano se manifiesta en el ascenso al poder. La nación débil es la que tiende a ser "la agitadora", la fuerte, la que lanza llamados a "la paz y al orden"; pues el fuerte presente, con cierta razón, que puede continuar su ascendencia económica y política sin "causar" dificultades, ni recurrir a la violencia. Puede adoptarse con mayor facilidad una política pacífica cuando se tiene la hegemonía de los asuntos mundiales, especialmente de los económicos. Es más, se tiene la ventaja de poder firmar tratados y otros acuerdos que favorezcan sus intereses, y tales tratados tienen mayor probabilidad de ser

respetados que aquellos que se ven forzados a aceptar condiciones por ser débiles. Es algo parecido, como ha indicado E. H. Carr, a lo que sucede en las disputas obrero-patronales: el fuerte "quiere la paz", el débil es el "agitador"; puesto que la fortuna está en contra del débil, es este el único modo de conseguir lo que quiere.

Pues bien, durante la mayor parte de su historia, la Unión Soviética ha sido muy débil militar, económica, política y culturalmente; no ha tenido una organización industrial, su población carecía de instrucción y ha sufrido el peso moral de una tiranía política y cultural.

Pero ahora en 1960 la Unión Soviética ha eliminado varios de sus puntos débiles; otros los está eliminando. Es más, el equilibrio mundial de debilidad y fuerza está cambiando y probablemente continuará cambiando. En los dos o tres decenios próximos, tal vez en menos tiempo, será "el Occidente" el que se debilitará, y el bloque chino-soviético el que se fortalecerá. Ya está sucediendo en materia militar; pronto se manifestará en el nivel económico general, en el poder cultural de atraerse a las regiones neutrales no desarrolladas.

Durante este período de cambio histórico mundial —según se vaya haciendo más notorio— el Occidente por su debilidad puede ceder a la tentación de ser el "agitador". Basándose en este gran cambio "el balance de la culpa de la guerra puede también variar; la culpa puede desplazarse más hacia el Occidente, en especial hacia los Estados Unidos.

Tras este cambio total existe una verdadera competencia de sistemas políticos y económicos. Uno de ellos de propiedad pública y planificación central, el otro, de economía capitalista —con elementos mixtos y con prestaciones sociales— y formalmente democrático en su organismo estatal.

En adelantos científicos, los soviéticos ya han demostrado su ventaja. Creo que, de no haber guerra, también mostrarán la superioridad de su economía que sobre todo ofrece niveles de vida más altos y más igualitarios. No es una insensatez creer (según ha sugerido Isaac Deutscher) que esto producirá una mayor libertad política y cultural: primero por la mayor eficacia social que esa libertad permite, y segundo por la influencia política que ejercerá el pueblo soviético al poseer una mayor instrucción.

Es poco importante que creamos esto, pues los soviéticos sí lo creen. En vista de ello ¿cuál es su actual política exterior?

Los objetivos fundamentales de la política soviética son: 1º mantener las fronteras actuales del bloque chino-soviético; 2º consolidar las conquistas materiales y otras que se han hecho en un alto costo; y 3º acrecentar estos logros dentro de sus territorios consolidados. El pueblo ruso tiene conciencia de un plan: quiere y exige, de no haber guerra, la transformación de lo que con exactitud se llama el "imperio stalinista" en una unidad política internacional económica que se desarrolle como un todo económico, y cuyos miembros tengan estabilidad política.³

Para ellos la coexistencia pacífica no es sólo un lema o engaño, sino una esperanza y una guía. Su objetivo para el exterior es, sobre todo, ganar tiempo para demostrar los resultados económicos y políticos de su sistema. Crean que



Fitzpatrick in The St. Louis Post-Dispatch

“Se cree que Estados Unidos no tiene suficiente fuerza aérea”

esta demostración de la superioridad de su sistema bastará para ganarse al resto del mundo.

Tales sentimientos y objetivos, en mi opinión, dominan la sociedad soviética de hoy, desde su élite aún medio stalinista, hasta la más primitiva granja colectiva. Para algunos ciudadanos soviéticos no es más que “una esperanza”, para otros es una probabilidad. Pero la política exterior de la Unión Soviética debe entenderse en relación de tales sentimientos y objetivos.

No cabe duda de que los rusos quieren hacer esto; y ellos no dudan poder hacerlo, si no hay guerra. No debemos olvidar que creen que el tiempo es su aliado, y que están por un cambio pacífico en el mundo. Consideran que su sistema puede derrotar al capitalismo en todos los frentes por medio de la competencia pacífica, y sin recurrir a la violencia.

IV

Ningún pueblo quiere la guerra; esto es indudable. Lo que hay que preguntarse es: ¿qué traman los dirigentes?, ¿qué ideas tienen sobre los métodos y la política necesarios ahora?

La mayoría de la élite soviética no quiere la guerra; está muy ocupada en otras cosas y ve claramente que para su economía los preparativos bélicos son un desperdicio.

La mayoría de la élite de los Estados Unidos tampoco quiere la guerra. Pero la divide profundamente la posición que ocupa en la sociedad estadounidense y en el mundo; su preocupación dogmática por ciertos grandes intereses hace que, al final de cuentas, puedan adoptar una política que favorezca las posibilidades de guerra:

1. La frecuente acusación soviética de que “los fabricantes estadounidenses de municiones” son culpables de la guerra fría, me parece que no es una explicación adecuada del factor económico de la situación. Es cierto que estas empresas incitan a la preparación constante para la guerra, y no puede negarse la relación que existe en la mente de mu-

chos entre esa preparación y una posible depresión, o entre tales preparativos y la continuación de la prosperidad. En los Estados Unidos se obtienen grandes utilidades de estos preparativos bélicos; quizá la prosperidad del capitalismo se basa en los preparativos bélicos (en grado desconocido, pero posiblemente muy considerable). No podemos creer que esto fomente la paz. Mi formulación peca de reticencia.

2. Debemos recordar que no hay otro mercado que el militar para los productos que se hacen bajo enormes contratos con empresas que fabrican aeroplanos, proyectiles, material electrónico y de exploración sideral. La investigación, el desenvolvimiento y la fabricación de tal armamento corresponde al insensato desperdicio que es parte inseparable del capitalismo estadounidense; en forma verdaderamente maestra combina la inflación con el rápido desuso. He aquí un verdadero *deus ex machina* capitalista. Las inversiones bélicas no tienen competencia de empresas particulares; no se oponen a los intereses inmediatos de ningún grupo influyente; no producen ninguna consecuencia política de importancia doméstica. Es cierto que elevan los impuestos; pero las empresas pueden ahora incluir gran parte de sus impuestos en “costos de producción”, pasándole la carga al consumidor. Además, los programas del gobierno que, en la opinión de muchos economistas, se necesitarían para reemplazar la economía de la defensa, son precisamente aborrecidos, política y económicamente, por aquellos que en nombre de la empresa libre, se benefician política y económicamente con la carrera de armamentos. Imagínense la confusión que se produciría si se propusiera un programa “socialista” de sesenta billones de dólares para la renovación urbana, el desarrollo de valles, o la construcción de escuelas. ¡El gasto para el bienestar público *si compete* con la empresa particular; *si entra* en conflicto con el interés inmediato de los grupos influyentes; *si tiene* consecuencias políticas domésticas; *aumenta* los impuestos, etc.!⁴



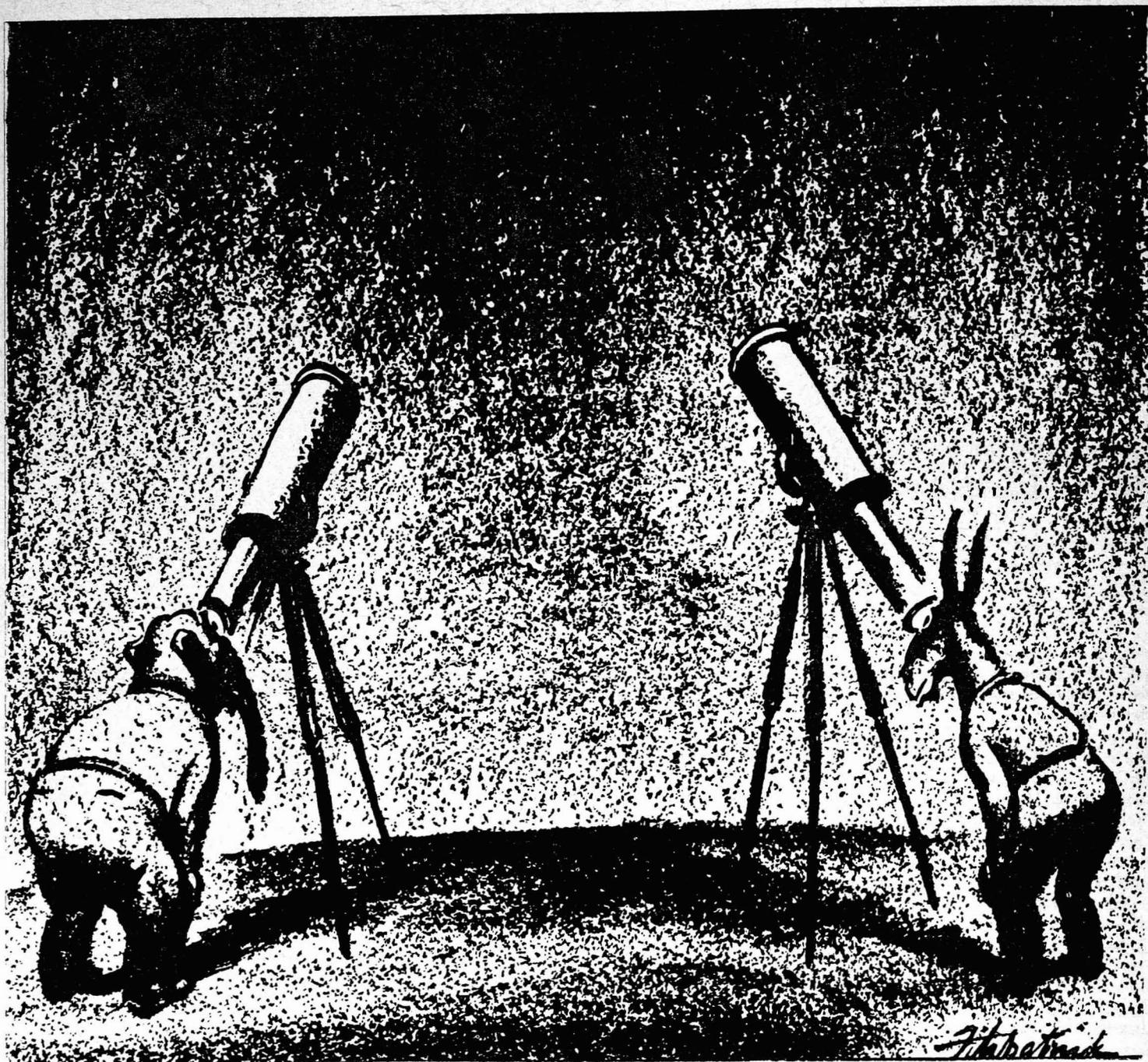
—Burk, Chicago Sun-Times

“¿Despierta de nuevo el espíritu militarista alemán?”



—Justus, Minneapolis Star

“El desarme: siempre tan esquivo”



"Demócratas y republicanos consultan el futuro"

—Fitzpatrick, *St. Louis Post Dispatch*

Se necesitaría un esfuerzo político de gran alcance para deshacerse de la economía permanente de guerra de los Estados Unidos. Esta ha sido y es la base principal de la prosperidad de la nación — y es la causa de que los Estados Unidos se vean arrastrados hacia la Tercera Guerra Mundial.

3. La economía de la Unión Soviética no tiene ninguna de estas características. En contraste con los Estados Unidos, en la Unión Soviética no existen razones económicas internas para preparar la guerra, ni para ninguna forma de imperialismo. La situación era diferente al acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando el motivo económico era la conquista del botín: el intento de acrecentar sus "ganancias" y recuperarse de la devastación de la guerra. Pero ya no es así; el adelanto industrial proporciona a los soviéticos modos más fáciles de continuar la industrialización.

4. El poder de la élite estadounidense, según está constituido, en la actualidad estriba en gran parte en la economía bélica permanente y en el predominio militar. Éstos a su vez se fundan

en la opinión pública que tiene una idea paranoica de la Unión Soviética, y también en un espíritu militarista. Que aquí existan métodos más democráticos de decisión hace aún más imperativo el mantener tales condiciones. Es cierto también que en la Unión Soviética el mando político interno se ha basado hasta cierto punto en el miedo al ataque del exterior; pero conforme sube el nivel de vida y se hacen evidentes otros logros económicos, y a medida que el régimen adquiere mayor fuerza auténtica —como está sucediendo— va perdiendo importancia esta base de estabilidad política. El papel que juega la élite soviética descansa más y más en la realización de los planes de desenvolvimiento doméstico y menos en el miedo a la guerra.

5. Hoy día los Estados Unidos se encuentran, o creen que se encuentran detrás de la Unión Soviética en la competencia de armamentos, especialmente en proyectiles. Según el espíritu militarista, tal estado de cosas ha de causar desesperación entre la élite del poder; seguirán tratando con toda su energía de con-

seguir "una posición de fuerza", en una trayectoria espiral sin fin. Existen buenas razones para creer, además, que la tecnología soviética consolidará su ventaja no tanto por la excelencia de su adelanto científico, sino por la estupidez capitalista de los Estados Unidos.

6. Muchos de los dirigentes y portavoces de los Estados Unidos se inclinan a creer que el tiempo favorece al sistema soviético; de que la "historia" en sí se opone a su propio sistema. La verdad, creo, es que algunos sectores de la élite del poder estadounidense y en algunos círculos de los intelectuales de la OTAN, cada vez se afirman más en la idea de un futuro soviético, como lo he definido antes. Muchos de los principales miembros de la élite del poder creen que en la Unión Soviética existe mayor y más vital impulso y sentido de dirección que el de los Estados Unidos y de otros Estados capitalistas del Occidente. Les aterra considerar el resultado de la competencia pacífica entre los dos sistemas. Muchos creen que los Estados Unidos sólo podrán ganar la competencia por medio de la fuerza de las armas; aunque

no saben, o cuando menos nunca dicen, qué significaría tal "victoria". Los soviéticos están convencidos de que pueden ganar sin recurrir a la guerra.

Me parece que lo anterior implica la idea, hasta cierto punto verdadera, de que la estrategia militar soviética es sólo un aditamento de su sistema político, mientras que los Estados Unidos han hecho de su sistema político un aditamento de la estrategia militar. ¿Cuál es el sistema político mundial de los Estados Unidos?

El panorama que he esbozado no es más que una de las bases de la política soviética. La élite soviética se aferra aún al espíritu militarista, pues todavía tiene en su bando una nación que surge, China, débil aún en asuntos internacionales. Como la élite americana, la soviética padece aún la equívoca ilusión de pensar que la guerra nuclear no puede llevar a la humanidad a otro fin que el suicidio. ¿Se puede dudar que llegarán a la violencia nuclear si creen que la necesitan para "defender" su sistema y para realizar sus múltiples planes y objetivos domésticos?

Si continúa en ambos lados la fatal interacción de los partidarios de la guerra, y aumenta su ascendencia en los dos bloques, en cierta fase específica de esta reciprocidad que conduce a la aniquilación mutua, ya no importará quién sea el culpable. Para romper el estancamiento, para librarse del círculo vicioso, se necesita ahora acción unilateral.

Lo que más me interesa aclarar sobre el balance de la culpa, es que si los Estados Unidos tomaran ahora la iniciativa (en la forma que explicaré) habría razones de peso para creer que la Unión Soviética haría lo mismo; las fuerzas de la sociedad soviética que obligarían a la élite de ese país a hacerlo son muy poderosas y día a día aumenta su fuerza. ¿Por qué entonces, no tratan los Estados Unidos de desplazar el balance de la culpa? ¿Por qué no demuestran claramente que no tienen miedo de enfrentarse en el campo político cultural y económico con la Unión Soviética y su bloque? Es fácil decir que los Estados Unidos debieran tomar ahora la iniciativa. Y es fácil tomarla. Es más, es fácil decir cómo se podría hacer sin quebrantar la máxima "seguridad" militar.

v

Lo que deben hacer los Estados Unidos es anunciar al mundo un programa general en el que se especifiquen las fechas aproximadas en las que se llevarán a cabo cada uno de los puntos del mismo. Estos actos inicialmente deben ser unilaterales. Debemos decir: los Estados Unidos van a hacer tal cosa, sin considerar lo que hacen o dejan de hacer otros Estados, aliados o enemigos. Las formulaciones posteriores de este plan (debe aclarar nuestro aviso) se efectuarán si otros Estados responden del modo previsto, a nuestros actos iniciales y al plan en su totalidad. Las etapas posteriores están sujetas a gestiones posteriores que se llevarán a cabo después de que los Estados Unidos hayan comenzado a realizar el plan.

Cuando digo tomar la iniciativa no quiero decir sencillamente hablar; quiero decir hablar y comenzar a actuar. No es necesario, por supuesto, llevar el principio de acción unilateral "al extre-

mo". No hay gobierno, que destruya a la vez todas sus armas. Pero no es necesario. Cuando se propone, como lo hago, el desarme nuclear unilateral, por parte de los Estados Unidos, no significa que destruyamos todo nuestro arsenal a la vez. Lo que es necesario es que *comencemos* a destruirlo públicamente, y en presencia de observadores de la Unión Soviética y de otras naciones; y que propongamos las condiciones bajo las que continuaremos la destrucción del resto de acuerdo con un plan determinado.

¿No es tiempo de que los portavoces estadounidenses dejen de repetir *ad nauseam* que toda acción de la URSS, es "mera propaganda? ¿Acaso es "mera propaganda" la "propaganda de hechos" que han efectuado los soviéticos? Si es eso, es también probable que constituya un nuevo rumbo en la interacción de los Superestados. Los Estados Unidos deben ahora hacer tal propaganda. Por ejemplo:

Si el plan para un "desarme" completo y general que ya ha propuesto la URSS, en dos ocasiones es "mera propaganda", no sería difícil desenmascararlo. Comencemos a cumplir con sus demandas iniciales por medio de palabras y hechos. Comencemos a reducir el arsenal. Comencemos a abandonar las bases del otro lado del mar. Anunciamos este plan de reducción y de abandono. Expliquemos las condiciones bajo las que ha de continuar. Todo esto no tiene por qué ser peligroso desde el punto de vista militar. Comencemos a poner en práctica los controles y las inspecciones que han propuesto los rusos. Después que se haya iniciado el programa, podremos exigir medios de inspección más eficaces y de control más seguro por ambas partes.

¿Acaso se perdería algo con lo anterior? El arsenal estadounidense, según se nos dice, basta ahora para eliminar a la población de todo el mundo y para devastar los principales medios de subsistencia. Aun desde el punto de vista de la locura militarista no se perdería nada con las acciones propuestas. Destruyamos la mitad del arsenal, abandonemos la mitad de las bases, todavía habría suficientes municiones y suficientes medios de transporte para resguardar "la seguridad militar" de acuerdo con las extrañas y nefandas ideas de seguridad que imperan hoy en los más altos círculos.

¿Cuántos norteamericanos han leído los textos completos para el desarme propuesto por los soviéticos a las Naciones Unidas, por ejemplo: la segunda proposición (2 de junio de 1960)? Creo que tengo tanta conciencia como cualquiera de los peligros y dificultades de una propuesta de esta clase. Pero no alcanzo a entender cómo una persona que realmente se oponga a la guerra, que realmente se oponga al desperdicio y al peligro de la carrera de armamentos, que realmente no tenga miedo de una paz legítima, puede desconocer estas proposiciones concretas, y no responder de un modo parecido al que acabo de esbozar.

De no considerar estas propuestas, la élite de los Estados Unidos, el pueblo norteamericano, al menos uno de los dos partidos políticos ¿no juzgaremos por fuerza esto como una razón de peso en contra de los Estados Unidos en el balance de la culpa? ¿No dará la razón "al punto de vista chino" dentro del bloque?

Por experiencia personal sé bien que explicar la situación de este modo, reco-

mendar que la propuesta soviética se tome en serio y que se actué conforme a ella, aunque no sea más que a modo de prueba, es correr el riesgo de ser llamado "simpatizante" del comunismo. Pero, ¿no deberíamos preguntarnos: si tomamos estas acusaciones en serio, permitiendo que inhiban nuestro esfuerzo de pensar con claridad (que es lo que se intenta) sería posible proponer algo que pueda alejarnos del espíritu militarista y de la trampa paranoica, que pueda permitir que la humanidad se aparte del camino que la está llevando a la Tercera Guerra Mundial?

Para los americanos de hoy, me parece que la respuesta sería negativa. Porque esa acusación es parte de una dificultad insuperable, y del poder inhibitorio que tiene la facción de la guerra fría entre la élite estadounidense y en los sectores intelectuales de la OTAN. También del otro lado, la acusación de "americanófilo" es parte del estancamiento que cuidadosamente sostienen los estalinistas recalcitrantes y otras facciones de la guerra fría en el campo soviético.

Por lo anterior debemos comprender por qué tantos norteamericanos han perdido hasta la visión misma de la paz, por qué hay una falta absoluta de programas norteamericanos realistas para la paz, por qué los dirigentes en los Estados Unidos muestran tal inercia al enfrentarse a las propuestas de otros. Y por eso precisamente todos debemos comenzar a formular y a discutir del modo más parcial posible las normas para la paz.

Al hacerlo, ¿no deberíamos recordar que el único punto de vista realista militar es considerar que el enemigo no es Rusia, sino la guerra? ¿No deberíamos considerar que la única actitud política realista es la de que, no los rusos, sino los partidarios de la guerra fría en ambos lados son los verdaderos enemigos?

Pero ¿no equivale toda propuesta semejante al "apaciguamiento"? ¿No darán como resultado "un nuevo Munich"? A mi parecer, la respuesta ha de ser un enfático NO. Tan falaz analogía histórica desconoce las diferencias que existen entre la Alemania Nazi y la Rusia Soviética; desecha lo que hay de nuevo en el mundo actual. Por ejemplo: Khrushchev no es ni Hitler ni Stalin; la élite soviética tiene mayor interés en el desenvolvimiento de su actual sociedad que en ampliar sus fronteras por la fuerza; las armas nucleares (bien lo saben los soviéticos) presentan cualitativamente un nuevo peligro; sobre todo, creen que pueden "ganar" en la competencia de los dos sistemas sin tener que recurrir a las armas. Si los Estados Unidos no desean la guerra, hemos de hacer frente a esta competencia en lo económico, en lo cultural y en lo político.

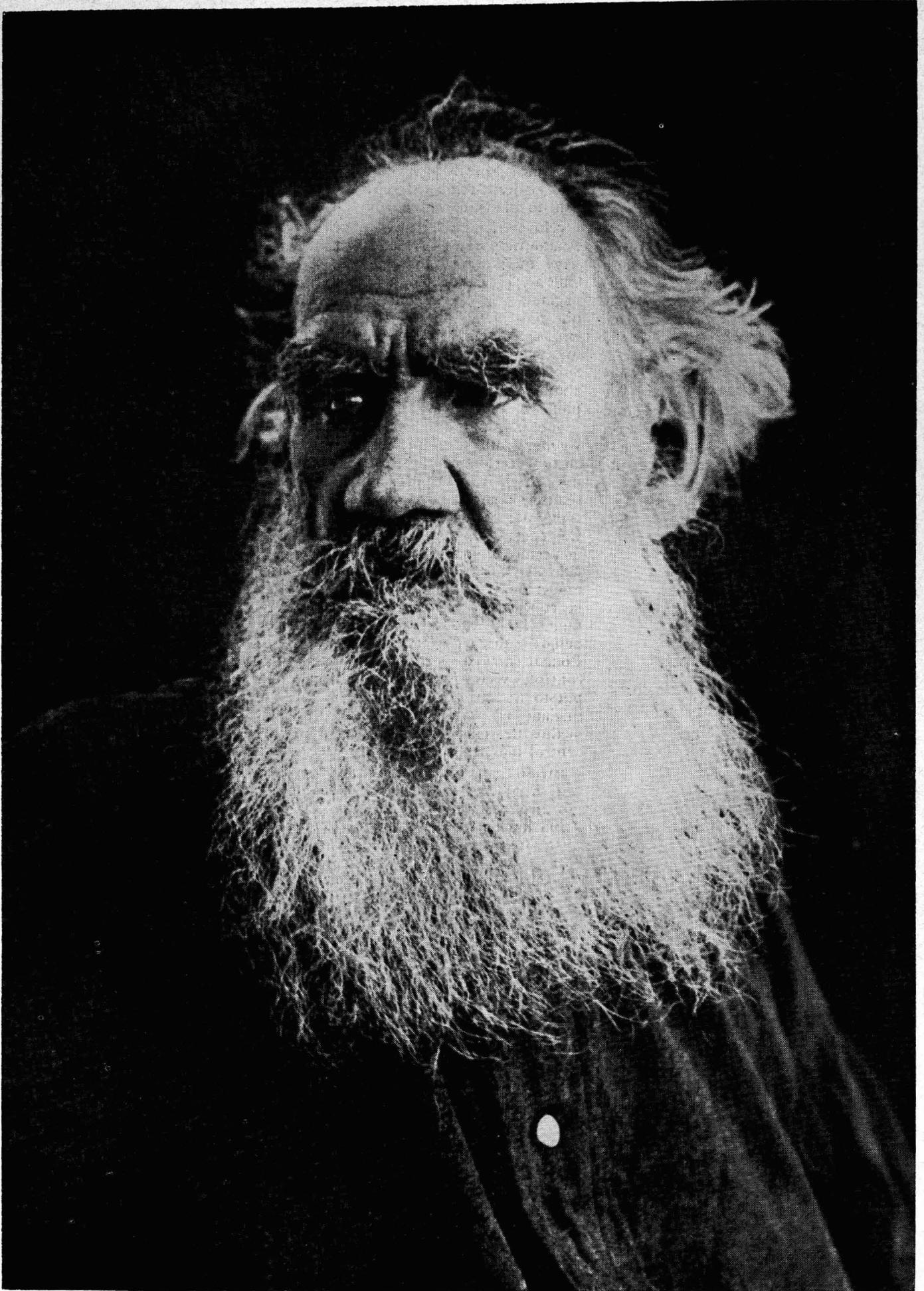
NOTAS

¹ Las obras de dos autores que escriben en inglés. E. H. Carr e Isaac Deutscher, son indispensables para comprender la historia y el criterio político actual de la Unión Soviética.

² He tomado de estos puntos de vista del discurso pronunciado por Adlai Stevenson el 1º de junio de 1960; otros de las recientes conferencias de Isaac Deutscher en el Canadá. *The Great Contest (La gran competencia)* (Nueva York, Oxford, 1960).

³ cf. Deutscher, *op. cit.*

⁴ Véase el ensayo de Paul Sweezy —el mejor resumen que conozco de estos asuntos— en *The Nation*, 28 de marzo de 1959.



León Tolstoi (1828-1910)

TOLSTOI O DE LA PURIFICACIÓN

Por Ramón XIRAU

POCAS VECES han sentido los hombres un anhelo de purificación tan intenso como en el siglo XIX. Este anhelo proviene de una doble crisis, religiosa y social. Decepcionados por una sociedad a la que pertenecen y contra la cual luchan, enemigos de una forma religiosa que identifican con esta misma sociedad, una gran parte de los pensadores, los filósofos, los poetas del siglo pasado intentan tanto purificarse a sí mismos como purificar el mundo en que les ha tocado vivir. Es verdad que en algunos casos la purificación adquiere características subjetivas. Tal es el caso de Kierkegaard que no quiere fundar una nueva religión sino volver a encontrar, en sus propias contradicciones, personales, la esencia del cristianismo. En otros casos la purificación tiende a objetivarse en teorías morales, sociales y políticas. Así sucede cuando Nietzsche sacrifica el hombre al superhombre, el sueño de un paraíso perdido al sueño de un paraíso renovado; así sucede también cuando Comte y, desde distintos puntos de vista, la mayoría de los socialistas utópicos tratan de edificar una sociedad perfecta en los límites de la tierra.

Perdido el absoluto, el hombre del siglo pasado quiere con frecuencia encontrar nuevos absolutos en el corazón de lo relativo. Feuerbach parece resumir todos estos intentos cuando afirma que el único dios del hombre es el hombre mismo.

Pero si el hombre ya no depende de ningún poder exterior, si se piensa que dentro de él reside la posibilidad de realizar al Hombre, queda por justificar el sentido de la vida humana. Caído y divinizado, mellado por los límites que le imponen espacio y tiempo y, al mismo tiempo, trascendente a sí mismo, el hombre-dios quiere sustituirse al Dios Hombre, siente la necesidad de justificar tanto sus fallas como sus ambiciones, su deseo de culpa y su deseo inmanente de gracia.

En suma: la necesidad de divinización entraña la necesidad de purificación y ésta, la necesidad de justificar al hombre tanto en lo individual como en lo

colectivo. No parece escapar Tolstoi a este impulso de los tiempos que sintieron, arrostrando contradicciones, la mayoría de sus contemporáneos.

Cuando muere Tolstoi en Astapovo, responde, no sin el patetismo que lleva consigo el silencio final, a la pregunta que tuvo en su espíritu durante gran parte de su vida "¿Por qué he de vivir?, ¿qué soy yo con mis deseos?" (*Confesión*). Y, en efecto, la justificación que Tolstoi buscaba, fue, en primer término, personal y subjetiva. Fue también un intento por justificar la existencia del hombre sobre la tierra. Al "¿por qué he de vivir?", viene a substituirse el "¿qué debemos hacer?" el "yo" se ve arrastrado por "nosotros". Los hechos —sociedad, arte, historia, religión— irrumpen en su espíritu para hacer estallar los muros de los que pudo haber quedado limitado por los espejos del solipsismo.

Tolstoi quiere afirmar algunas verdades básicas. Pero esta afirmación de las propias creencias lentamente adquiridas entraña una secuencia previa de negaciones. No menos que Nietzsche, no menos que Kierkegaard, no menos que Comte, sabe Tolstoi que para operar un cambio radical de los valores es necesario primero derrumbar los viejos valores establecidos. Y este derrumbe representa para Tolstoi el derrumbe de sus viejas fidelidades. La purificación que Tolstoi vislumbra requiere tanto una crisis íntima como la crítica de las realidades objetivas que le rodean.

No hay que pensar que las negaciones de Tolstoi se limiten a algunos campos del espíritu y de la sociedad. La negación de Tolstoi, parcial en un principio, se convierte, poco a poco, en una negación total. Sigamos, brevemente, algunas de sus líneas de negación; pronto veremos que conducen todas ellas al mismo ideal de pureza, de una pureza seguramente imposible, seguramente patética.

Tolstoi llegó a creer que el arte moderno, a partir del Renacimiento, está dedicado a las clases privilegiadas. Los críticos, nacidos dentro de estas clases y sostenidos por ellas, se lanzan a justi-

ficar un arte que produce placer a los poderosos y lujo a los adinerados. Surgidas de la explotación del pueblo, quien en última instancia es el que paga para que algunos lleguen a obtener una satisfacción que Tolstoi juzga inmoral, la mayoría de las obras artísticas debe ser condenada. No por esto piensa Tolstoi que haya que negar, como lo hicieron Platón o los Padres de la Iglesia, la totalidad del arte. El verdadero arte es aquel que se acerca al pueblo o, más aún, aquel que surge del pueblo. Místico y moralista de las artes populares, Tolstoi define al artista por su capacidad de contagio, por su fuerza de irradiación. No de otra manera pensaba Kierkegaard en el hombre religioso como "centro de intensidad". Cuando Tolstoi se pregunta cuáles son las condiciones de posibilidad de este contagio responde: la individualidad del sentimiento, la claridad en la transmisión de este sentimiento y, por encima de todo, la sinceridad. El arte, surgido del pueblo y devuelto al pueblo (Tolstoi profetizaba que el artista del futuro sería un trabajador manual) será acaso incomprendible "para un pequeño círculo de personas echadas a perder, pero no lo será para la gran mayoría de hombres comunes". Resumen: la negación del arte occidental en casi todas sus manifestaciones hace que Tolstoi sostenga un arte puro, no por ser independiente de la realidad, sino precisamente por estar irremediabilmente ligado a la realidad. Y esta realidad que constituye el pueblo, este pueblo naturalmente que bueno que Rousseau descubrió a principios de su vida, es la misma que Tolstoi viene a redescubrir, muy influido por Rousseau, en sus maduros años de crisis.

Esta necesidad de negar para afirmar que Tolstoi aplicaba a las artes vuelve a aparecer cuando se preocupa por la Religión. En la *Confesión*, nos cuenta cómo, a la edad de once años, hizo el más radical de sus descubrimientos al darse cuenta de que Dios no existe. Más tarde, sin embargo, la preocupación religiosa le conduce a una nueva creencia de orden precisamente religioso. De pa-

so por París es testigo de una ejecución. A esta época remonta la pregunta fundamental: "¿Para qué sirve?, ¿a qué conduce?, ¿por qué hacer algo?". Tolstoi empieza por buscar una respuesta a sus preguntas entre los hombres de su círculo. Pronto se da cuenta de que con cuatro las razones que los alejan de la verdadera religiosidad: la ignorancia, el epicureísmo, la fuerza de carácter y la debilidad. "Me encontré —nos confiesa— en esta categoría."

¿Qué hacer ante una Religión que parece convencer a todos y que nadie sigue de hecho? Tolstoi se decide por negarla y, para ello, se dedica a estudiar los Evangelios, única fuente, a su ver, del verdadero Cristianismo. La Iglesia Ortodoxa, interesada en servir a los grandes y a los poderosos, ha deformado las enseñanzas de Cristo. El pueblo, en cambio, ha sabido conservarlas de la misma manera que ha conservado el sentimiento por el arte verdadero. Convencido de las creencias populares Tolstoi niega sucesivamente la Iglesia, la Teología dogmática y la divinidad de Cristo. A estas negaciones corresponde una nueva serie de afirmaciones: la creencia en Jesucristo como maestro, y, muy fundamentalmente la creencia de que las enseñanzas de Cristo son de orden social y deben reducirse a un solo principio: la no resistencia al mal. Religión primitiva, religión acaso panteísta, que encuentra sus fuentes de saber en el saber idealizado de los hombres puros: los campesinos rusos en los cuales Tolstoi ha puesto toda su confianza.

Pero dejemos el análisis de las diversas negaciones y las afirmaciones correspondientes. Detengámonos en una de ellas, especialmente significativa: la negación de la sensualidad.

Buena parte de *Ana Karenina* está destinada a demostrar que la sensualidad acaba en la muerte. El suicidio de Ana Karenina es, en este sentido, ejemplar. Más significativa me parece la doctrina que traduce la *Sonata a Kreutzer*, escrita en 1889 cuando la crisis íntima de Tolstoi estaba en su momento culminante.

El argumento de la novela es extremadamente sencillo. Posdnicheff, hombre de la aristocracia rusa, mata a su mujer después de un largo proceso de celos. El propio Posdnicheff relata, en un largo monólogo escasamente interrumpido, el desarrollo de su desventura. Más que el análisis de los caracteres, que apenas existen, importa aquí, la presentación de ideas sin duda exacerbadas en la *Sonata*, pero no por ello menos propias.

¿Qué dice Posdnicheff? Un breve párrafo al comienzo de la novela sintetiza la doctrina que el autor quiere exponer: "Sí, antes de contarle cómo asesiné a mi mujer, he de decirle de qué modo me he pervertido. La maté antes de conocerla: maté a la mujer desde el momento en que hube saboreado los deleites de la sensualidad sin amor, y con eso y, después de entonces, maté a la mía." Tolstoi nos cuenta después, en boca de su personaje, que el verdadero pecado del hombre reside en la lascivia. La mujer moderna ha sido liberada tan sólo en apariencia. En realidad es más esclava que nunca. Su papel está en atraer al hombre quien, al poseerla, des-

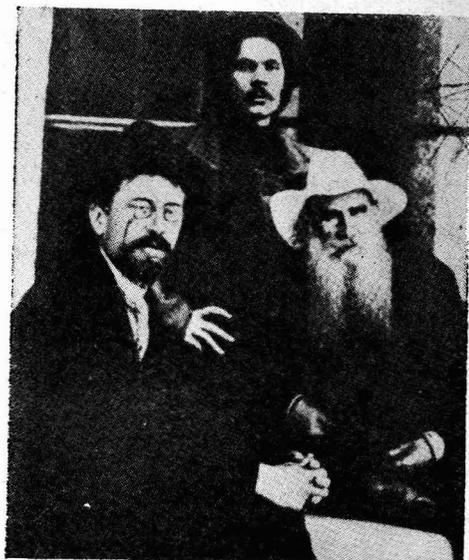
truye su pureza y la conduce por el camino del mal. A la impureza generalizada —tanto matrimonial como extramatrimonial— contribuyen médicos, gobernantes, hombres de ciencia y hombres de iglesia. Así, el matrimonio mismo es condenable. En el momento de mayor exaltación de su personaje Tolstoi le hace decir que es innecesario perpetuar el género humano: "¿Y para qué hace falta que existamos?... ¿Para vivir? Schopenhauer, Hartman y los budistas sostienen que la verdadera felicidad está en no existir. Y tienen muchísima razón cuando aseguran que la dicha de la humanidad está en su destrucción." Parece por un momento que la verdadera pureza debería identificarse con la pérdida del ser y que el verdadero hombre sería la negación del hombre. No tomemos, sin embargo, al pie de la letra las palabras de Posdnicheff. Recordemos que en la *Confesión* Tolstoi afirmaba ya que el camino de la sabiduría empieza por la negación de la existencia: "Sólo nos acercamos a la verdad en cuanto nos alejamos de la vida" dijo Sócrates cuando se preparaba a morir"; "y dice Schopenhauer... 'lo que queda después de la aniquilación de la voluntad... es, claro está, la nada'; "Vanidad de vanidades", dice Salomón, 'vanidad de vanidades y todo vanidad'"; "y Sakya Muni no pudo encontrar ningún consuelo en la vida y decidió que la vida es el mayor de los males". Estas cuatro citas, que responden a la gran crisis, cuando Tolstoi llegó a pensar en el suicidio como única solución para su existencia, son la imagen de un estado espiritual transitorio. Después de pasar por él y de torturarse en él Tolstoi logró saber que "la fe es la verdadera fuerza de la vida".

En la *Sonata a Kreutzer*, hablan, sucesivamente, dos momentos de la vida de Tolstoi. La negación total de la existencia que arrebató a su personaje no arrebató al autor. Al final de la *Sonata* —cita y comentario del Evangelio— se expresa más claro que nunca el ideal tolstoiano de la pureza, esta vez unido a su concepto de la sensualidad y del amor:

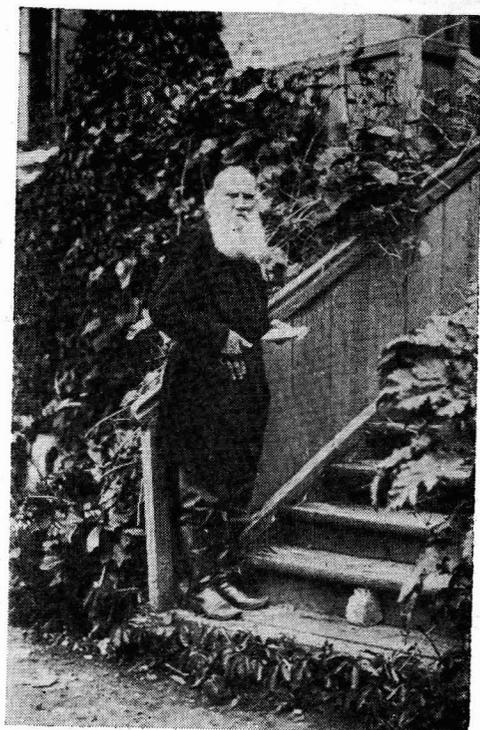
"'Aquel que mira a una mujer con deseo, ya ha cometido adulterio.' Esto se refiere también a la hermana, y no sólo a la mujer extraña, sino sobre todo a la propia mujer."

En la *Sonata a Kreutzer* vienen a sintetizarse un desesperado afán aniquilador de la vida y una aspiración purificadora que quiere convertirse en regla de la comunión entre los hombres.

Tal es el Tolstoi entusiasta y patético que sigue el llamado de la purificación. ¿Y el otro Tolstoi?, podría preguntarse. El otro, el que escribe con belleza clásica los cuentos de Sebastopol, las aventuras de los cosacos, la niñez, la mocedad y la juventud, el que respira en las anchurosas páginas de *La guerra y la paz*, está presente en el espíritu de todos. Queden estas breves páginas como síntesis de una afirmación que me parece fundamental: este hombre vario, rico y uno está, en efecto, mellado, en el largo camino de su vida, por un constante deseo, imposible y deseado, de utopías puras que, con su presencia, hacen resaltar más vivamente aún la fuerza y la verdad de su obra.



Tolstoi, Chéjov y Gorki



Tolstoi en su casa de Yasnaia Poliana



Estela de Hammurabi

Un nuevo derecho para una época nueva

Por Jorge CASTAÑEDA

A RAÍZ DEL fin de la guerra y en todos estos quince años de postguerra, han surgido, tanto en el orden político, como en el económico y social, importantes fenómenos y tendencias que no pueden menos de haber tenido y tienen un fuerte impacto en el derecho internacional contemporáneo.*

En primer término, creo que podría afirmarse con razón que ha cambiado toda la geografía del Derecho Internacional. *La Comunidad Internacional contemporánea comprende más de 100 miembros, cuyas relaciones se fundan en el principio de la igualdad soberana de todos los Estados, y la creación del Derecho Internacional ya no es tarea exclusiva de la comunidad de naciones civilizadas, entendiéndose por tales sólo a las naciones que heredaron la tradición cultural y jurídica del Occidente, sino que este concepto ha tenido que reemplazarse por el más amplio de una Comunidad Universal de Naciones.*

El segundo término, el proceso de creación del Derecho Internacional se llevaba a cabo en el pasado, en el seno de una sociedad internacional relativamente homogénea. Es natural que ahora, al multiplicarse las relaciones políticas y económicas entre Estados de régimen político, económico y social diverso, hayan surgido nuevos problemas que interesan al Derecho Internacional.

Por último, la coexistencia de una gran mayoría de países atrasados o escasamente desarrollados, junto a las potencias altamente industrializadas, también ha

dado lugar a nuevas cuestiones que tampoco escapan al Derecho Internacional. Si el concepto que tanto se ha repetido en la postguerra, el concepto de que la prosperidad es indivisible, tiene algún sentido y significado reales, habremos de convenir que la tarea de crear prosperidad en las áreas que carecen de ella no puede concebirse ya como un mero movimiento de generosidad y ayuda que tiene su asiento en el ámbito moral, sino como un interés y un esfuerzo cooperativos, que deben encauzarse por vías institucionales y jurídicas. Este es un fenómeno relativamente nuevo, que descansa en una convicción universal también relativamente nueva, y que incide sin duda en el Derecho Internacional. Todo esto es tan obvio y se ha repetido tanto que

no creo que valga la pena detenernos demasiado en ello. No es pues un azar que numerosos oradores hayan hecho hincapié en la necesidad de proceder ahora a una revisión, a un reexamen de la situación de Derecho Internacional, para los efectos de su codificación o de su desarrollo progresivo.

Podría afirmarse, sin duda con razón, que esta época no es quizá la más propicia para la consolidación y sistematización del derecho internacional. Históricamente, los períodos en que se han logrado grandes progresos en la formulación del Derecho Internacional, tanto en el aspecto de la práctica coincidente de los Estados como el terreno doctrinal y aun en el institucional, han sido aquellas épocas que siguieron a las grandes

* *Intervención del representante de México, licenciado Jorge Castañeda, ante la Sexta Comisión de la XV Asamblea General de las Naciones Unidas, 9 de noviembre de 1960.*

convulsiones y ajustes históricos, al estabilizarse un nuevo orden. Así, una vez desaparecido el sistema feudal, al fortalecerse y asentarse los Estados modernos, los Estados nacionales, y al crearse la conciencia de una Comunidad de Naciones, el Derecho Internacional marcó grandes progresos. Del mismo modo, la relativa estabilización de las relaciones internacionales en algunos períodos del siglo XIX y principios de éste, la relativa homogeneidad que se observaba en la sociedad internacional de esa época y la concomitante aceptación casi universal de ciertas concepciones comunes, básicas, permitieron el gran impulso del derecho consuetudinario y la gran labor de codificación que ocurrieron en el siglo pasado y principios de éste.

En la actualidad, por el contrario, se observa una gran disparidad de concepciones fundamentales, y la existencia misma de numerosos postulados tradicionales de las relaciones internacionales son impugnados o cuestionados. No son muy numerosas en realidad las materias que se prestan en la actualidad a una verdadera codificación.

Pero la labor del jurista internacional no tiene por qué reducirse necesariamente a la tarea de consolidar y formular sistemáticamente el derecho creado con anterioridad por la práctica coincidente de los Estados. Quizá tendemos a olvidar con facilidad el papel creador del jurista y la importante función que también ha desempeñado en la historia. Precisamente en la época de revisión de conceptos básicos, como la nuestra, los juristas pueden y deben actuar como avanzada de sus tiempos. Su función y su obligación consisten en anticipar,

comprender y analizar las nuevas fuerzas y tendencias sociales y políticas que surgen en su época y tratar de encauzarlas dentro de un marco jurídico hacia sus objetivos. A menudo, pueden ser un puente entre el orden establecido y el orden nuevo.

Tomemos el problema de la independencia de los pueblos coloniales. Se trata de una fuerza política incontenible que ineluctablemente alcanzará su objetivo. Pero por otra parte, hay un orden establecido, un derecho creado, que consagra y tiende a conservar el dominio colonial. La labor del jurista internacional de nuestros días consiste en comprender esa tendencia y encauzarla constructivamente hacia su meta, en encontrar soluciones jurídicas para guiar la acción política por cauces pacíficos y en facilitar la transición de un régimen a otro, en tender un puente entre el pasado y el porvenir. Si el jurista falla en su tarea, si la acción política no es asistida por el derecho, puede desencadenarse la violencia. La labor del jurista no consiste pues sólo en consolidar los frutos del pasado, en interpretarlos y aplicarlos, sino también en marchar con su tiempo y a menudo anticiparse a él.

Tomemos otro ejemplo: el del futuro derecho del espacio ultra-terrestre. Aquí también se dibuja una fuerte tendencia que quizá acabará imponiéndose. En la primera fase de toda esta cuestión, es natural que el énfasis recaiga sobre sus aspectos políticos y militares. Pero el jurista también tiene una importante tarea que realizar. Si lográramos siquiera darle un marco jurídico al problema, si al menos pudiéramos definir sus límites exteriores, enunciando en forma

adecuada la regla básica de que todo Estado tiene el derecho de utilizar libremente para fines pacíficos el espacio ultra-terrestre y de que todos deben abstenerse de cualquier acto que impida el disfrute de ese derecho por los demás Estados, quizá así, enmarcando jurídicamente el problema, podríamos inclusive contribuir a facilitar la ulterior solución de los aspectos políticos y militares del mismo. En materias como ésta, es falso que el jurista deba marchar a la zaga del político para sistematizar sus conclusiones. Deben marchar al parejo, ayudándose mutuamente.

Además de los nuevos hechos, fenómenos y tendencias que han surgido en los últimos veinte años, habría otra razón importante para proceder ahora a una revisión de la situación del derecho internacional. El nacimiento de casi una cuarentena de Estados nuevos, desde el fin de la Primera Guerra, plantea esta cuestión de principio: *¿Hasta qué punto estos nuevos Estados, que no contribuyeron a la creación del Derecho Internacional que encontraron al nacer, y cuyas disposiciones no reflejan a menudo sus intereses, están obligados por el cuerpo de sus disposiciones?* Esta cuestión ha sido objeto de preocupaciones y estudio por varios autores en los últimos tiempos. Claro está que desde un punto de vista jurídico-formal el problema es muy sencillo: cuando un Estado accede a la Comunidad Internacional, acepta por ese mismo hecho las reglas e instituciones de ésta. Pero en el fondo, el problema es mucho más complejo y difícil. Si numerosas reglas de Derecho Internacional no cuentan con la aquiescencia y el apoyo activo de un sector im-



—Press Pictures
Mujer de Puerto Said, en el momento en que llevan a sepultar a su hijo

portante de la Comunidad Internacional, toda la mecánica de la solución pacífica de controversias carecerá de base. Esta situación es particularmente notable en lo que se refiere a ese amplio Capítulo del Derecho Internacional que se conoce con el nombre de responsabilidad del Estado y que engloba numerosas instituciones. Las controversias que caen bajo ese rubro general representan probablemente una fuerte proporción de todas las controversias de orden jurídico que surgen entre Estados. Pues bien, en todo este vasto Capítulo del Derecho Internacional, las reglas actualmente vigentes, moldeadas por una práctica mil veces repetida a lo largo del último siglo y medio, no sólo se crearon a espaldas de los pequeños Estados, sino en su contra. Estas reglas traducen las relaciones desiguales que se establecieron durante el último siglo y principios de éste entre los países inversionistas, generalmente industrializados, por una parte, y los países poco desarrollados, importadores de capitales y manufacturas y exportadores de materias primas, por la otra. Muchas de las normas que en opinión de numerosos autores europeos tienen aún vigencia actual, como aquella según la cual los extranjeros pueden eventualmente reclamar mayores derechos que los nacionales, reflejan la situación desigual entre las dos categorías de países.

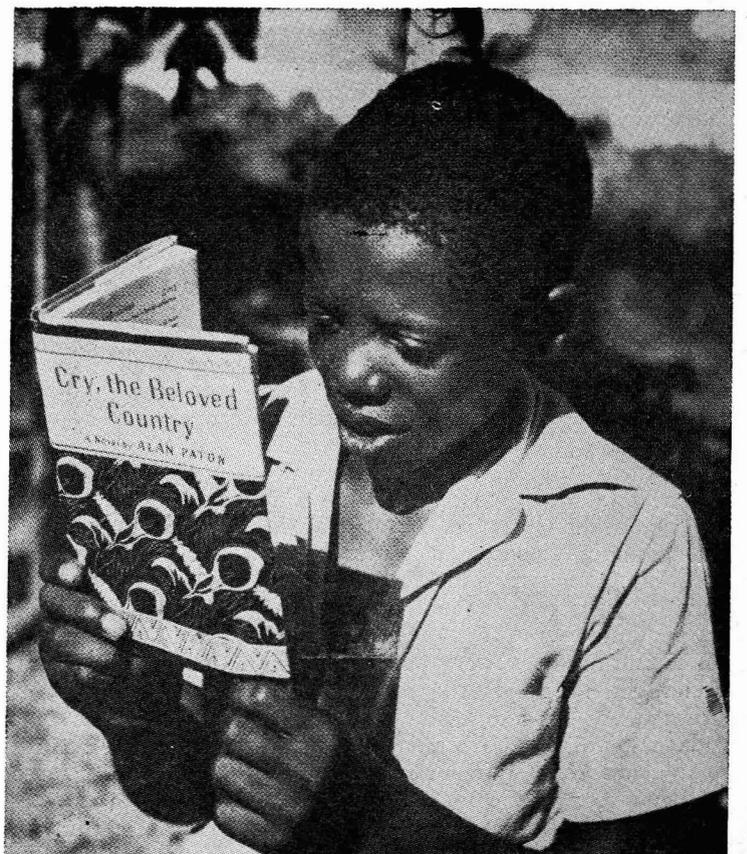
La tendencia descrita no se presenta ciertamente en todo el campo del Derecho Internacional. Pero las normas internacionales que reflejan esa situación desigual son numerosas e importantes. No es pues de extrañar que los nuevos Estados, los Estados que no fue-

ron coautores, por así decirlo, sino objeto pasivo de ese Derecho Internacional, suelen dar la impresión de que a veces se rebelan contra su aplicación. En ocasiones, la rebeldía es directa, como en el caso de los pueblos que aspiran a la personalidad internacional plena y que han tenido que acudir a la violencia para liquidar un antiguo protectorado, esto es, una situación consagrada por el Derecho Internacional, pero que obedecía a condiciones políticas, económicas y sociales ya periclitadas. En otras ocasiones, la rebeldía puede asumir formas indirectas, como cuando numerosos Estados nuevos se oponen al establecimiento del arbitraje obligatorio o se muestran recelosos de la jurisdicción obligatoria de la Corte Internacional de Justicia. Pero no sería exagerado afirmar que entre los países relativamente nuevos, se advierte en términos generales una aquiescencia menor que entre los antiguos en aceptar las disposiciones del Derecho Internacional clásico.

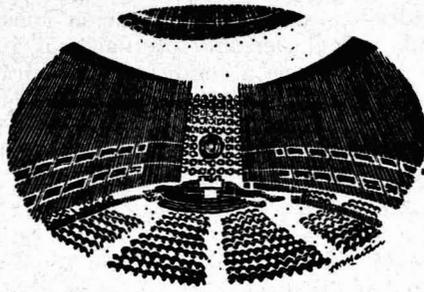
Todos recordamos la escasa acogida que tuvo en la Asamblea el proyecto de la comisión de Derecho Internacional sobre procedimiento arbitral. El proyecto de tratado elaborado por la Comisión preveía una serie de medidas ingeniosas y severas para evitar que las partes pudieran frustrar, durante el curso del procedimiento, la obligación inicialmente asumida de arbitrar la controversia. La mayoría de países que no siguen la corriente tradicional de Derecho Internacional, por así decirlo, en materia de responsabilidad del Estado, se opusieron a este proyecto. Nuestro colega soviético ha indicado en varias ocasiones que la



—Press Pictures
Campeños durante la Guerra de Corea



En África la civilización causa beneficios pero acarrea problemas



razón principal por la que numerosos Estados no aceptaron el proyecto consistía en que éste iba más allá de las reglas clásicas de Derecho Internacional sobre arbitraje. Esta afirmación es sin duda cierta, pero no refleja la realidad de la situación, en lo que toca a los Estados nuevos. ¿A qué se debe, en verdad, que los países nuevos no se hayan mostrado decididos partidarios del arbitraje obligatorio, o casi obligatorio? Hago esta pregunta con toda objetividad y sin *parti pris*, ya que mi país es uno de los pocos países de ese continente que ha ratificado sin reservas el Pacto de Bogotá, el cual prevé el arbitraje obligatorio.

Este hecho sorprende a primera vista. Casi por antonomasia la defensa del país débil es el Derecho. Precisamente porque no pueden recurrir a la fuerza para su protección, conviene a los países pequeños que se formule con precisión y se aplique obligatoriamente un orden normativo universal. En caso de controversia con una gran potencia, el recurso al arbitraje obligatorio debería constituir la solución ideal para el país débil, ya que detiene el empleo de la fuerza y significa la aplicación de ese orden normativo.

Sin embargo, es incuestionable que una considerable mayoría de países pequeños, y sobre todo de países nuevos, se han opuesto claramente, tanto al arbitraje obligatorio como al establecimiento de un procedimiento arbitral severo.

Este fenómeno paradójico se debe a que en último análisis, la aquiescencia en arbitrar una controversia significa que se está dispuesto a someterse a la aplicación de las reglas sustantivas internacionales vigentes en un momento dado en la materia sobre la cual versa aquélla. Esto es, si la mayoría de países pequeños y nuevos no están dispuestos a asumir de manera previa la obligación general de arbitrar todas sus controversias, sobre todo antes de saber en cada caso *qué reglas serán aplicables a la solución de la controversia*, no parece ilegítimo concluir que la razón de su negativa radica en el hecho de que tales países no están dispuestos a aceptar la aplicación, en términos generales, de numerosas disposiciones del Derecho Inter-

nacional vigente. En otros términos, *no admiten someterse voluntariamente a un ordenamiento que no fue elaborado tomando en cuenta sus necesidades e intereses, sino que, por el contrario, fue creado por la práctica y a la medida de sus probables adversarios.*

Otra forma de rebeldía indirecta de los países nuevos se manifiesta en el hecho de su escasa inclinación por aceptar la jurisdicción obligatoria de la Corte Internacional de Justicia. En una Comunidad Internacional que comprende más de un centenar de miembros, entre los cuales predominan los pequeños y los que accedieron relativamente tarde a la independencia, apenas poco más de una veintena de Estados, entre aquellos que no contribuyeron históricamente al proceso de formación del Derecho Internacional, han aceptado la jurisdicción obligatoria de la Corte. El hecho me parece sintomático.

Este fenómeno se debe a la misma razón apuntada. No se trata de una desconfianza hacia la Corte en sí, ni es el resultado de su escasa vocación jurídica. En el fondo, este problema se debe a su convicción, no carente de razón, de que el cuerpo de normas jurídicas que aplicaría la Corte, no refleja, en términos generales, sus necesidades, ya que fue creado en otras épocas y por la práctica de Estados que tenían intereses distintos. Para dar solución adecuada a este problema, será pues preciso percatarnos con claridad de que existe este fenómeno y entenderlo. La solución no consiste en reprochar a los nuevos Estados, a los Estados medianos y pequeños, su escasa inclinación jurídica y lamentar meramente que sea tan corto el número de Estados que han aceptado la jurisdicción obligatoria de la Corte.

Este otro ejemplo más concreto traduce la situación que he descrito. Todos recordamos la controversia entre Islandia y la Gran Bretaña sobre pesquerías. No me referiré al fondo de la cuestión porque no me corresponde hacerlo. Pero la actitud de uno y otro Estado en cuanto al método que prefieren para darle solución es demostrativa de la tendencia que comento; y diré dos palabras sobre ello, sin emitir juicio sobre el fondo o aun sobre el procedimiento conforme al cual una y otra

parte desearían resolverlo. La Gran Bretaña propone someter toda la controversia al fallo de la Corte Internacional de Justicia; Islandia, por su parte, no acepta acudir a la Corte para que ésta resuelva la controversia conforme al Derecho actualmente vigente, y en cambio, lucha denodadamente en las Naciones Unidas y en las Conferencias Internacionales, porque se establezca una nueva norma jurídica general que tenga el efecto de darle razón en su controversia con la Gran Bretaña. El fondo de la cuestión es éste: si bien podría sostenerse, a mi juicio con razón, aunque muchos opinan lo contrario, que el Derecho Internacional vigente hoy en día permite a los Estados extender su jurisdicción exclusiva sobre pesquerías —y aun su mar territorial— hasta una distancia de doce millas, es probable que una mayoría de jueces de la Corte decidiera por otra parte, que el Derecho Internacional vigente no obliga a su vez a los demás Estados, a reconocer una delimitación unilateral superior a 3 millas. Esto significaría en la práctica la derrota de Islandia.

Este ejemplo sigue de cerca pues el esquema teórico enunciado: en una controversia internacional entre una antigua gran potencia y un pequeño Estado nuevo, la primera se apoya en una norma internacional vigente de tiempo atrás (creada en este caso merced a la práctica de ese mismo Estado), la cual se consolidó sin la participación y contra los intereses del segundo. En cuanto surgió una oportunidad adecuada, el Estado nuevo y pequeño se rebeló contra la aplicación de esa regla. En la especie la rebeldía asumió una doble forma: primero, negarse a someter el asunto a la Corte para evitar la aplicación de esa norma en su contra; y segundo, la acción concertada con otros Estados en situación semejante para modificar la regla vigente en el seno de Conferencias Internacionales.

Quisiera mencionar un último ejemplo que también me parece revelador. Como es sabido, existe una vieja controversia entre la Gran Bretaña y Guatemala por el Territorio de Belice. Los protagonistas son un Estado antiguo y poderoso frente a un país pequeño y relativamente nuevo por hechos acaecidos

el siglo pasado y regulados por normas de derecho internacional vigentes entonces y probablemente también ahora. De igual manera, no deseo referirme al contenido mismo de la controversia, sino que es suficiente para el efecto concreto que aquí interesa, poner de relieve los métodos propuestos para solucionarla. También procuraré hacerlo con la mayor objetividad. La Gran Bretaña propone a Guatemala llevar el asunto ante la Corte Internacional de Justicia para que ésta resuelva conforme a Derecho. Guatemala se niega a ello, pero en cambio propone a la Gran Bretaña que el asunto se someta a la misma Corte para que ésta lo resuelva, no conforme al Derecho Internacional, sino *ex aequo et bono*. Este ejemplo no podría ser más elocuente y revelador de la tendencia que comento.

¿Cuál es pues la solución para esta nueva situación, que ahora se ha agravado con la aparición de tantos Estados nuevos y que tenderá a acentuarse en el futuro, pues de preverse que la diferente actitud de una y otra categoría de Estados frente al cuerpo de normas de Derecho Internacional producirá numerosos problemas en el futuro?

A nuestro parecer la situación es muy clara: la solución no consiste tanto en reprochar a los nuevos países su escasa vocación jurídica, cuanto en facilitarles el acceso a los procesos de creación del Derecho Internacional. En la medida en que se formulen nuevas normas internacionales, no meramente jurídicas porque reflejen una práctica, sino justas, que tomen también en cuenta las aspiraciones de los nuevos Estados, éstos se sentirán cada vez más dispuestos a someterse voluntariamente a su aplicación. Y la función de la Comisión de Derecho Internacional en la revisión de numerosas normas de Derecho Internacional y en la creación de nuevas reglas para dar solución a nuevos problemas puede y debe tener una importancia capital.

Como es sabido, la proposición conjunta contenida en el documento L 467, patrocinada por varios países, entre ellos México, prevé el establecimiento de un Comité compuesto por representantes de un grupo de Estados. Este grupo tendría por tarea proceder a una revisión general y actual de la situación del Derecho Internacional, con vistas a proponer a la Asamblea ciertos temas para que sean examinados en el futuro por la Comisión de Derecho Internacional.

Quisiera decir ahora unas palabras sobre algunos temas que en opinión de mi Delegación podrían ser examinados con fruto por la Comisión. Lo hago con ciertos escrúpulos y con cierta resistencia porque a menudo resulta peligroso ejemplificar. En todo caso expondré el punto de vista de mi Delegación y no el de los copatrocinadores del proyecto, que pueden tener otras opiniones al respecto. La tarea de seleccionar temas se encomienda a un grupo que se creará en el futuro y no les corresponde proponer nada al respecto a los copatrocinadores. Por otra parte, la selección de un tema tendría que hacerse en función de numerosos factores, requerirá mucho estudio, y quizá, probablemente, algunos temas que en este momento me parecen adecuados para su examen —y no digo deliberadamente codificación, sino exa-

men— por la Comisión de Derecho Internacional, quizá no me parecieran apropiados después de maduro estudio y reflexión. Lo hago, pues, meramente para plantear problemas y como una mera interrogante. En primer término, me parecería que todo el Capítulo del Derecho Internacional que se refiere a la *sucesión de Estados y Gobiernos* podría reexaminarse hoy en día con provecho. En el pasado, esta cuestión no tenía tanta importancia práctica ni parecía tan urgente estudiarla. Pero ahora que ha surgido en poco tiempo una treintena de Estados nuevos, este tema ha adquirido un gran interés. Valdría la pena sistematizar el régimen jurídico de la sucesión de Estados y Gobiernos y ver si las reglas existentes responden a la nueva situación. Entre los nuevos Estados, no todos tuvieron el mismo origen: Algunos se desmembraron de antiguos Estados, otros eran anteriormente colonias y otros más, nacieron bajo la égida de las Naciones Unidas, en tanto que antiguos territorios en fideicomiso. ¿Hasta qué punto el derecho existente es aplicable a todas estas nuevas situaciones? Además, no es inverosímil que el proceso inverso, de fusión o federación de varios Estados, llegue a ser frecuente en el futuro. Sería pues importante y tendría un gran interés práctico examinar este tema.

Otros nuevos problemas que deberían estudiarse con urgencia son aquellos que han surgido como resultado de la *coexistencia entre Estados de distinto régimen político, económico y social*. Las relaciones en materia comercial, de transportes y en general de carácter económico y financiero, entre países de economía dirigida y países de libre empresa, han dado lugar a nuevos problemas que se presentaban con menor frecuencia en el pasado. Quizá algunos aspectos de esta materia podrían sistematizarse. Los aspectos políticos de la coexistencia tampoco son impermeables al Derecho Internacional. Como es natural, sin embargo, lo que la Comisión tendría que estudiar son las proyecciones jurídicas de la coexistencia y no este fenómeno en sí.

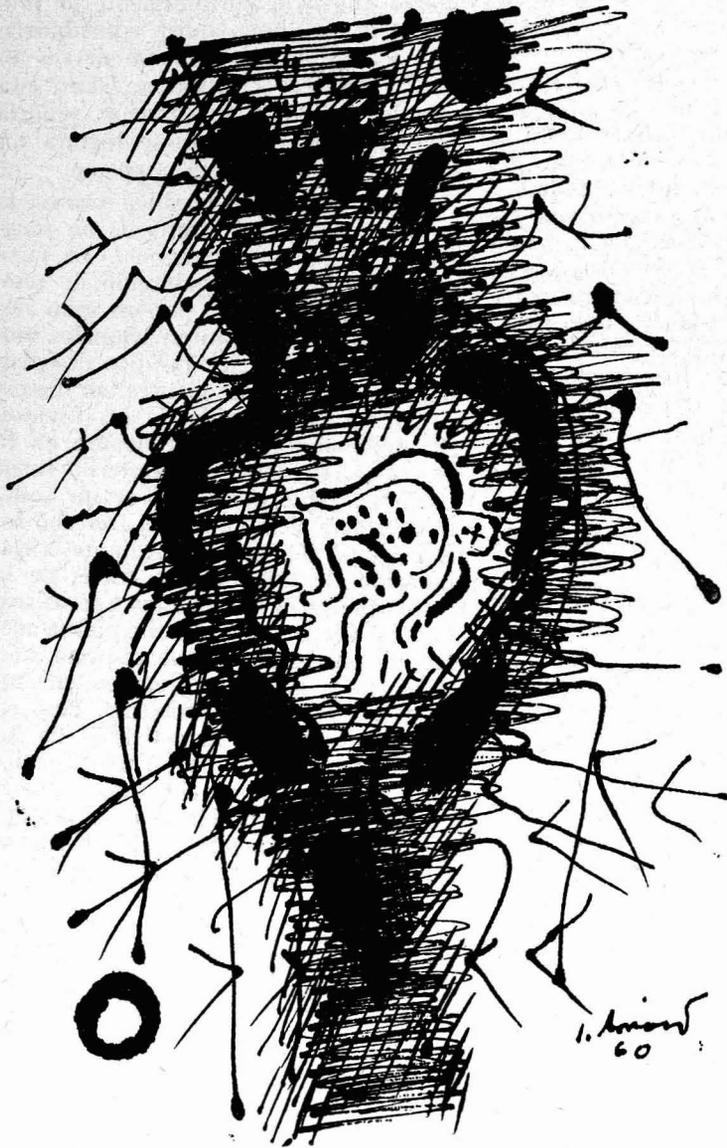
La soberanía permanente de los pueblos sobre sus recursos naturales y algunas proyecciones internacionales de la reforma agraria también podrían ser examinados ya. Este problema de la soberanía permanente sobre los recursos naturales puede englobarse, ya sea dentro de un código de Derechos y Deberes de los Estados, o también dentro de los Pactos de Derechos Humanos, como lo está haciendo ahora la Tercera Comisión. Desde otro ángulo, este problema también roza el tema de la responsabilidad del Estado. Es difícil decir ahora, sin un estudio previo, si estas materias tienen autonomía suficiente para ser tratadas como temas específicos o bien dentro de un contexto más grande. Pero valdría la pena estudiar esta cuestión.

Ya me permití mencionar la posibilidad de que se prosiguiera, o casi me atrevería a decir, que se iniciara, el estudio de los aspectos jurídicos del *problema del espacio ultra-terrestre*. Creo que no es indispensable esperar hasta que se llegue a un acuerdo sobre el desarme, o aun sobre los aspectos militares de este problema, para iniciar los estudios jurídicos. Por el contrario, como decía anteriormente, si lográramos al

menos enmarcar jurídicamente el problema desde ahora, quizá contribuiríamos a facilitar una solución de sus aspectos políticos y militares. Claro está que la verdadera codificación vendría mucho después, cuando se lograra un acuerdo sobre los demás aspectos.

Por último, quizá también valdría la pena *revisar toda la teoría de las fuentes del derecho internacional*. La vigorosa y multiforme producción de resoluciones y decisiones, por un gran número de organismos internacionales, muchos de ellos de valor jurídico desigual, pero que influyen de manera tan directa y poderosa en la vida de los Estados, sin duda alguna debe reflejarse en la teoría de las fuentes del Derecho Internacional. ¿Qué podríamos seguir sosteniendo para siempre que el Derecho Internacional sólo se crea mediante la elaboración de tratados y a través de la costumbre, a la luz de estas nuevas realidades? Claro está que nadie podría adelantar conclusiones a este respecto, aún parciales y aún provisionales, sin un estudio a fondo del problema. Pero en toda esta materia, la actividad de los organismos internacionales permanentes ha traído cambios evidentes, y justamente todo este problema debería estudiarse por un órgano de las Naciones Unidas especializado en las labores jurídicas.

Podría sin duda afirmarse con razón que varios, o casi todos los temas que he enunciado no están maduros para su codificación o aun para una formulación sistemática de sus principios esenciales y que ésta es la tarea principal de la Comisión de Derecho Internacional conforme a su Estatuto. Esto es sin duda cierto, pero también podría explorarse la posibilidad quizás de que la Comisión de Derecho Internacional desempeñara, respecto de algunos temas, una función un poco más modesta, que consistiera fundamentalmente en desbrozar el terreno, en sistematizar el estudio de un problema y quizá en proponer ciertas directivas o principios básicos que puedan guiar, de manera general, la actitud de los Estados y aun de los organismos internacionales, o aun, por último, en elaborar ciertas bases que podrían servirle para trabajos interiores. Correspondería después a la Asamblea decidir qué se haría con este trabajo, si seguir adelante en la tarea de sistematización y codificación, en atención a que las bases propuestas parecían prometedoras, o bien tomar otra acción. Esta posibilidad que se contempla no equivale, en mi opinión, a sugerir una alteración de las funciones de la Comisión de Derecho Internacional, sino que tan sólo significa un cambio de énfasis. Entrañaría darle una interpretación más alta, por parte de la Asamblea y de la Comisión a las condiciones para estimar que un tema es apropiado para su codificación o para tratarlo desde el ángulo del desarrollo progresivo del Derecho Internacional. La Comisión ha iniciado en el pasado estudios sobre materias relativamente vírgenes cuya madurez para la codificación era por lo menos cuestionable, como la elaboración de un Código de Delitos contra la Paz y Seguridad de la Humanidad y desempeñó una labor creadora estimable, independientemente de la opinión que se tenga sobre el fondo del Proyecto de código que elaboró.



UNA VEZ POR TODAS

Por Manuel MEJÍA VALERA

Dibujos de Juan SORIANO

Nos parecemos tanto que imagino las controversias de nuestros biógrafos: unos a otros se acusarán de plagio.

Baudelaire (Carta a M. Bardin)

NACIDO EN la provincia hacía unos veinte años, Gabriel pronto se adaptó al ambiente de Lima. Su rostro exangüe y su figura mezquina llegaron a ser familiares en el *Bar Zela* y en *El Negro Negro*. Glosador más que plagario, siempre exhibía pensamientos audaces. Unas veces eran de él, otras, nadie sabía el origen, pero siempre eran pensamientos audaces. Su intemperancia verbal y unos gruesos lentes, que más que ocultaban, sustituían sus ojos azules, le conferían un aire de perpetuo cinismo. Cierta vez, en que pareció vacilar a la segunda copa, un amigo se burló de él en *El Negro Negro*:

—Gabriel se emborracha con muy poco.

—Incluso me he emborrachado *de ti* — replicó airado.

En otra ocasión, en que extravió unos poemas, ante la expectación de todos, Gabriel gritó a los policías:

—¡Han robado mis poemas! ¡Cierren las fronteras!

Por cierto que, desdeñados, los poemas estaban sobre la mesa del café. Irritado por la indiferencia de los demás hacia sus escritos, exclamó:

—Cuando veo a los hombres quiero vivir en lugares oscuros: en el vientre de los insectos, en el envés de las hojas, en el cerebro de alguno de mis semejantes.

Por excepción se hizo amigo de otro joven poeta, Alberto.

—Apenas lo vi me invadió un germen de simpatía; tiene una jovial disposición para ser dominado — explicó alguna vez Gabriel.

Como todos los viernes en la noche, los jóvenes paseaban por el malecón.

Alberto inició el diálogo:

—Mi novia cantaba cuando la conocí; yo estaba bebido y recuerdo que ella se molestó cuando le dije que los mejores momentos de la vida de un hombre están vinculados al licor. ¿No lo crees así?

Gabriel no se dignó contestar directamente:

—Algunas personas viven para suicidarse y otras en perenne suicidio. Si alguien me preguntase qué canción recuerdo, yo diría que ninguna: los hombres que tenemos historia no tenemos anécdotas. En cuanto a emborracharme, me gustaría hacerlo como los peces, con los tumbos del mar.

Pasó un tranvía: acompasado, su ruido brotaba de garganta gigantesca. Gabriel miró su reloj distraidamente.

—¿De qué hablamos ahora?

—Podrías recordar otra de tus anécdotas — dijo Gabriel desdenoso.

Los rodeó una atmósfera tensa. De pronto, conciliador, Gabriel apoyó una mano en el hombro de su amigo: tenía un aire de ansiosa cordialidad. “Quiere que hable de sus complejos”, dijo entre dientes Alberto.

—Caminemos Alberto, la noche está zurcida de fantasmas y necesito olvidarme de ellos.

Otras veces —invariablemente sucedía lo mismo—, enojado porque no se hablaba de él, Gabriel anunciaba citas con personajes fabulosos, se quejaba de la impuntualidad de ellos, exasperaba a Alberto; se injuriaban; y al final, sumiso y despojado ya de toda mentira, Gabriel lloraba mientras su acompañante se embarcaba en el tranvía de la madrugada. El viernes se concertaban para visitar el mar.

Alberto emprendió su tarea de amigo catalizador:

—Ya sabes que desde hace algún tiempo vengo analizándote. Eres un Eróstrato, pero un Eróstrato depurado y ennoblecido.

—Te has equivocado pero te has equivocado brillantemente.

Los ojos de Gabriel lanzaron destellos de felicidad: comenzaba a ser tema de conversación. Un principio de tranquilidad, acaso cercano a la plenitud, se apoderaba de su espíritu:

—No soy un Eróstrato. Durante toda mi vida me he debatido entre el agua y el fuego.

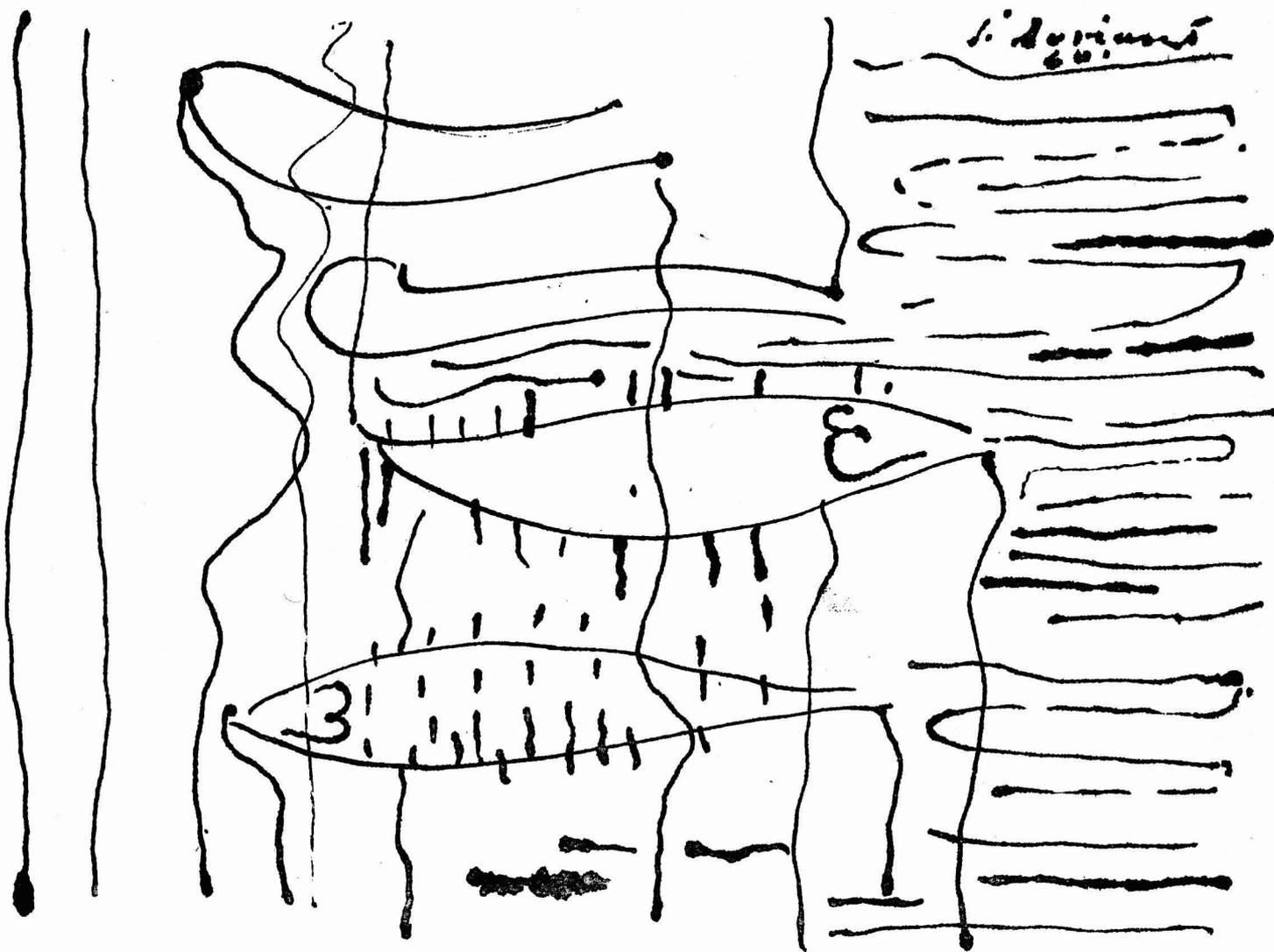
—¿Y por cuál te decidiste? — preguntó Alberto.

—En el fondo soy un cobarde, creo que me he decidido por el agua tibia.

El mar proyectaba sombras movedizas: lámparas de luz arrugada. Agradable soledad. A lo lejos, el vaivén de unos trozos de hielo: “Un inmenso cubalibre”, murmuró Alberto.

—Molesta que el mar esté subordinado a lo femenino. Las mareas, las olas, todo el movimiento del mar depende de las fases de la Luna. — Gabriel pronunció estas palabras con tono sentencioso: su frase sería recordada.

—¿Por qué denigrar lo femenino?



—Yo he conocido mujeres que se entregan por dinero, por un acto de amor o cumpliendo el deber matrimonial. Pero no sé de ninguna que se haya acostado con un hombre por caridad. Hacerlo sería poseer una cualidad masculina.

“Es la fase preliminar, ahora viene la sorpresa”, pensó Alberto mientras reía de buena gana.

El aire se alzó con violencia y ambos caminaron bordeando la playa. Gabriel miraba su reloj a cada instante:

—Me encuentras muy misterioso ¿no? Esta noche unos fabulosos traficantes de drogas me traerán una abundante ración. Si quieres, algo compartiré contigo.

—Claro que no me opongo a probar cocaína. Pero ¿todavía crees en paraísos artificiales?

—Son los únicos naturales. Somos poetas, y la poesía es una neurosis de lujo, como la droga, como la danza, un amigo, los viajes, el mar.

—¿No es una definición poco académica?

Se encendió el rostro de Gabriel:

—¡Por supuesto que sí! La mía es una de las inculturas mejor logradas de Latinoamérica. Cómo me repugna el paso ososo de los eruditos, ¡Hay que oírlos cuando dicen: “El sol amanece antes que todos, no pretendamos anteceder al sol!” ¡Imbéciles!

Ganado por la impaciencia de su amigo, Alberto encendió un cigarrillo y comenzó a contar los minutos crecidos de espera.

—Ya debieran estar aquí, Alberto. La última vez que los vi, yo estaba totalmente grifo: en el valle de Josafat, desde un montículo de aire veía las concavidades que dejaba cada resurrección. Y quise volverme gusano. Luego, unas jóvenes aparecieron agitándose en un baile frenético; y al final, desde lejos y al ritmo de la música, sosegadas, partieron en busca de más sueños.

—¿Cómo conociste a los traficantes?

—No puedes olvidarte de las anécdotas y de las personas. Te gustaría ver a las gentes hasta en el perfil de un cabello. Es notable tu incapacidad para la abstracción. Los conocí cualquier día en el último piso de la Catedral. Mientras hablaba con ellos veía el panorama de la ciudad. Veía los trajes, las medias y las sábanas tendidas en las azoteas, los papeles sucios que jugaban a ser cometas alzándose de los tarros de basura: ¡Ah! el alma de Lima está en sus techos.

Un coche que rodaba cerca aumentó la expectación al confundirse con el ruido de las olas más lúgubres. Alberto encendió otro cigarrillo:

—Tengo tanta o más impaciencia que tú porque lleguen tus amigos. ¿Crees que la cocaína me haga ver aquello que platicaste?

—Eso depende de cada quien. Algunos ven mujeres desnudas, y eso, si realmente están desnudas. Los más pertinaces ven multiplicada a su propia mujer. En fin, la cosa depende de la mediocridad de cada cual. ¡Las: cuatro y media

de la mañana! Temo que la policía los haya atrapado y no sabes cuánta necesidad tengo de “la blanca”. Falta la droga y el cuerpo se llena de miedo acurrucado. Entonces uno oye el rumor del vacío.

Gabriel se quitó los lentes y unas gotas de sudor aparecieron en su cara. “Todos somos feos pero éste abusa”, pensó Alberto.

—¿Sabes que tengo un hijo, Alberto?

El otro comenzó a sospechar. ¿Otra mentira de Gabriel? Como todos los viernes en la playa. ¿Todo sería una comedia de Gabriel? Alberto tuvo una sensación de *final*, de hallarse sin próximo peldaño, como los pacientes dados de alta después de una larga enfermedad, cuando creen que sus hábitos antiguos están ahí, diluidos, agazapados y en acecho, en cualquier sitio de la habitación, aunque los sospechen como silencioso zarpazo en el aire.

—¿Acaso eres casado? Intencionada, la pregunta debería molestar a Gabriel, precipitar el desenlace.

—¡Qué torpe eres! El matrimonio no es sino la inteligente alianza de un hombre y una mujer con el propósito de engañar al amante. Y claro, a mí nunca me engañó una mujer; en cambio si muchos maridos no tienen cuernos es por falta de calcio.

—¿La casada era ella entonces? — Alberto sostuvo la mirada azul vidriosa de su amigo.

—Siempre con tus declaraciones adocenadas. Así pretendes disfrazarte de ingenuo para ocultar tu estupidez ¡Y estos batracios que no llegan!

—¡Esas son frases malas y tuyas!

—¡Y acerca de ti! — agregó Gabriel.

—¡Ya me irritaste! Lo cierto es que no tienes el hijo y ni siquiera conoces una mujer, y mucho menos has probado cocaína.

El malecón estaba desierto, como si el mundo se hubiera ausentado ante la cólera de ellos.

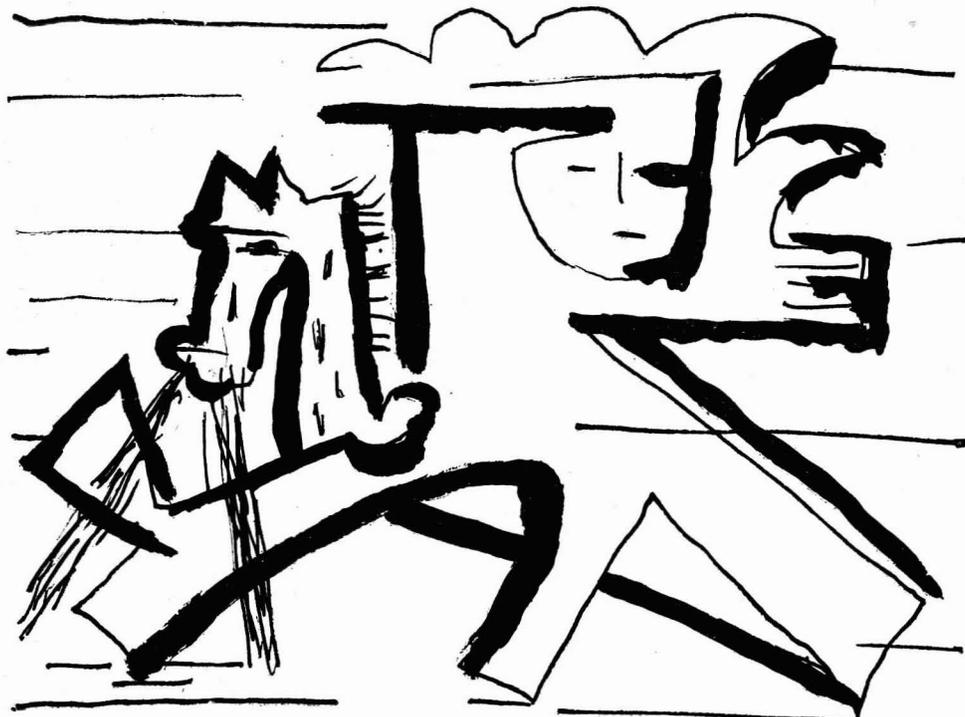
Fuera de sí, Alberto continuó:

—Yo soy el único que soporta tu hipo de notoriedad ¡Pero se acabó! Tu vida es el ritornelo de una farsa. Y lo que escribes tampoco tiene valor: yo no confundo literatura con papel escrito. La poesía no es ingenio redimido por la solemnidad. ¡Quédate esperando a tus amigos imaginarios, pensando en tu hijo imaginario, con el compañero imaginario que memorice tus palabras y te ayude a convertir la arena en cocaína!

—Perdóname Alberto. Aunque a veces soy agresivo, te tengo un sólido respeto. No sabes cómo estimo el adarme de sinceridad que me ofresces.

Cubierto de lágrimas, el rostro de Gabriel se había transformado hasta parecer hermoso.

Sordo a las súplicas, Alberto fue hacia el tranvía. El tranvía de la madrugada. En el trayecto pensaba: “El viernes habrá que volver a visitar el mar.”



M U S I C A

Por Jesús BAL y GAY

ACCIDENTES DEL TRABAJO

DIMITRI MITROPOULOS ha muerto. Con él desaparece una de las figuras más impresionantes de la dirección de orquesta de nuestro tiempo. Impresionante lo fue no sólo por su físico de asceta sino también por su sentido interpretativo. A todo lo que dirigía le comunicaba un tremendo ardor que se manifestaba principalmente en el relieve que bajo su batuta adquirirían todos los elementos de la textura musical. Por eso Virgil Thomson afirmó en una ocasión, con el ingenio que lo caracteriza, que el Beethoven de Mitropoulos era "un Beethoven en bastardilla". En bastardilla debió de ser también el estreno del *Concerto para piano* de Chávez, que él dirigió, a juzgar por los comentarios de muchos críticos norteamericanos, coincidentes en destacar como rasgo principal de la obra la dureza, la fuerza salvaje o la violencia desenfrenada. Y en bastardilla fueron todas las interpretaciones que tuve ocasión de oírle.

Puede que su temperamento haya sido la causa primera de su muerte. La pasión que ponía en su trabajo, la emoción que se apoderaba de él ante la orquesta son cosas que, probablemente, no dejan de minar el organismo de un director de orquesta. Tengo entendido que los médicos admiten como características de los oradores ciertas enfermedades del sistema circulatorio, ocasionadas tanto por el esfuerzo puramente físico como por la tensión emocional. Y si eso es cierto para el orador, no creo que deje de serlo para el director de orquesta, y, en general, para el virtuoso.

El que ama de veras su profesión de director, de cantante o de instrumentista, no puede presentarse en público sin sentir una fuerte tensión emocional. No se trata sólo de la debida a la incertidumbre acerca de lo que puede pasar o no pasar en el curso del concierto, lo que podríamos denominar lisa y llanamente "miedo". Es algo más, mucho más y más elevado. Es la emoción de transmitir, o de pretender transmitir, la idea que el intérprete tiene de la obra, idea que muchas veces es tan sutil o quebradiza que no se sabe si, al fin, podrá llegar al público. Quizá el lector recuerde a este respecto *La paradoja del comediante*, la célebre obra de Diderot que fue y sigue siendo manzana de discordia entre la gente de teatro, y piense que puede haber intérpretes musicales que a la hora de actuar en público estén libres de toda emoción y por ello sean tan buenos o mejores que los de tipo emotivo. Tal recuerdo es perfectamente lógico y oportuno, pero fruto de una asociación de ideas que debo quebrar antes de seguir adelante. La emoción a que me estoy re-

firiendo no es la que la partitura despierta en el director, sino la de transmitir ésta al oyente, una vez bien depurada y cuajada en versión que el intérprete considera definitiva, al menos para él; mientras que la emoción a que se refiere Diderot es la que anima *de nuevas*, por decirlo así, al actor o intérprete en cada representación y lo lleva a improvisar

nuevos medios expresivos. En los dominios de la interpretación musical los criterios están en esto tan divididos como en los dominios de la interpretación teatral. Según las facultades y el temperamento de cada cual, hay quienes prefieren llevarlo todo pesado y medido al concierto, mientras que otros optan por dejar una gran parte a la inspiración del mo-



"En los dominios de la interpretación musical los criterios están divididos"

mento. De estos últimos era, por ejemplo, Arthur Nikisch, del que Sir Henry Wood cita esta frase: "Nunca olvides que debes hacer de cada ejecución una gran improvisación, aunque dirijas la misma obra todos los días del año." En este caso no hay duda de que concurren las dos clases de emoción, la de *sentir* y la de *transmitir*, lo cual supone una doble tensión nerviosa y, por tanto, un desgaste para el organismo del intérprete.

Dura es la profesión del director de orquesta, tanto por lo que se refiere a lo mental como a lo puramente físico. Claro está que hay técnicas directoriales que reducen al mínimo la fatiga muscular; pero hay otras que constituyen un verdadero derroche de energías. En general, podría afirmarse que los mejores directores son los que adoptan aquéllas y no éstas, principio aplicable también a instrumentistas y cantantes. Eso lo saben todos los buenos maestros, quienes desde los primeros pasos del discípulo tratan de que éste no se esfuerce en sus ejercicios más allá de lo estrictamente necesario y acabe logrando que lo que tiene que hacer lo haga *fácilmente*, sin poner a contribución más que lo preciso de su fisiología y de su anatomía para lograr el resultado apetecido. Descontada, por supuesto, la diferencia de constitución física que pueda haber entre dos pianistas, pongamos por caso, hay motivo para creer que el que al final de un concierto se muestra fatigado tiene peor técnica que el que no da ninguna señal de fatiga. Cosas tan ajenas —aparentemente— a la música como es el modo de sentarse el pianista al piano o de colocarse el director ante el atril no dejan de influir en la musicalidad de la ejecución, según que signifiquen comodidad o fatiga para el intérprete.

Pero en la dirección de orquesta, como no todo depende del director, esos principios no pueden aspirar a la categoría de dogmas. Hay orquestas sumamente sensibles que reaccionan vivazmente al menor ademán del director; pero también las hay —y son las que más abundan— que exigen del director grandes esfuerzos físicos para salir de su natural inercia. El que tiene que habérselas con una orquesta así no puede pretender ahorrar energías, y es natural que después de cada ensayo y de cada concierto se sienta como si acabase de tomar parte en un concurso atlético.

Los aficionados que llenan las salas de conciertos quizá no se percaten de lo dura que es la profesión de director de orquesta. Quizá piensen que es muy sencillo, muy cómodo y muy bonito plantarse delante de los músicos, mover los brazos con ademanes más o menos expresivos y elegantes —quien sabe si estudiados delante del espejo— y que la orquesta suena sola, o poco menos. Evidentemente, hay casos en que la orquesta suena sola —como si fuera un disco—, pero eso ocurre cuando una orquesta buena siente que tiene delante un director malo. Pero cuando una buena orquesta se percata de que el hombre que está al frente de ella es un buen director —y para ello pocos minutos le bastan—, su respeto se manifiesta de un modo curioso: tácitamente, pero con la mayor claridad, renuncia a toda iniciativa, pide, exige que el director la mande. Y cuanto mejor sea la orquesta, más pasiva —es decir, respetuosa— se mostrará para con el director. Y ello significará para éste una tensión mental muy considerable, contrapartida de la energía muscular que tendría que emplear con una orquesta mediocre.

El que ejerce con pleno sentido de su responsabilidad la profesión de director no es sólo un hombre ocupado, sino también *pre-ocupado*. El tiempo que dedica a ensayos y conciertos es bastante menor que el que le absorbe la preparación de ellos. El estudio de una partitura exige muchas horas y mucha atención, si el director ha de llegar al primer ensayo con ella en la cabeza y no simplemente bajo el brazo. Ya se sabe que no faltan los directores que se aprenden las partituras en los ensayos, o sea que se las aprenden de oído. Pero esos pertenecen a la categoría de los simuladores y no dejan de ser descubiertos bien pronto por la orquesta misma. El truco de interrumpir la lectura de una obra cuando nada serio ha ocurrido y ponerse a repetir sólo la parte de las violas, pongamos por caso, o la de los cornos, no engaña a ningún músico de orquesta.

Y no es sólo el estudio de las partituras lo que constituye la *pre-ocupación* del director: es la revisión de las partes de orquesta, es la lectura y discusión de la obra con el solista que va a tomar parte en su ejecución, es la confección del programa tras una consideración del ca-

rácter de las obras y aun de la tonalidad de cada una de ellas, a fin de que el concierto no resulte ni monótono ni abigarrado, es el tener que resolver problemas administrativos de última hora, etcétera, porque la lista resulta interminable. Todo ello exige tiempo, mucho tiempo y mucha atención. Pero en cuanto a atención, y no tiempo, también la exigen, por ejemplo, el estado físico del director, empezando por la tranquilidad de ánimo, la buena salud, el descanso necesario, cosas todas imprescindibles para que el hombre pueda desempeñar con eficacia sus funciones ante la orquesta. A quienes deseen enterarse de todo eso les recomiendo un librito del ya mencionado Sir Henry Wood, titulado *About Conducting*, lleno de buenos consejos y sentido práctico para los jóvenes que aspiran a ser directores de orquesta.

La vida del director de orquesta es, como ya dije, una vida dura. Lo ha sido siempre, pero en nuestra época lo es mucho más. Los viejos directores dirigían muchos menos conciertos que los de ahora. Viajaban mucho menos. Tenían muchos menos estrenos que dirigir. Y no dirigían de memoria. Hoy en cambio hay director famoso que tiene su avión particular, no por lujo, sino por necesidad, para ahorrar tiempo y poder cumplir todos sus compromisos. Hoy el director tiene que grabar discos, además de dar innumerables conciertos. Tiene que estrenar obras sumamente difíciles, tanto de lectura como de ejecución. Y tiene que dirigir de memoria, siguiendo una moda absurda que no sabemos cuándo pasará. Por eso se enferman de pronto y aun mueren delante del atril. Son organismos sometidos a un tremendo desgaste, y sólo aquellos dotados de una recia constitución física o muy hábiles para economizar esfuerzo pueden resistir semejante vida. En este año hemos sabido que se enfermaron Bernstein y Reiner y que Mitropoulos falleció en pleno ensayo. Esos casos constituyen, seguramente, verdaderos accidentes del trabajo y quizá se habrían evitado si la vida profesional de las víctimas no hubiera sido tan intensa, tan absurdamente intensa. Ya es mucho lo que desgasta al director el ejercicio razonable de su profesión, sin que el público, los empresarios y, probablemente, la propia codicia —de dinero y de fama— contribuyan definitivamente a su agotamiento.



EL CINE

Por Emilio GARCÍA RIERA



DESEO Y DESTRUCCIÓN. (Título inglés: *Blind date*. Título norteamericano: *Chance Meeting*), película inglesa de Joseph Losey. Arg.: Ben Barzman y Millard Lampell sobre una novela de Leigh Howard. Foto: Christopher Challis. Música: Richard Benet. Intérpretes: Hardy Kruger, Stanley Baker, Micheline Presle. Producida en 1959, Rank (David Deutsch).

¡POR FIN hemos visto una buena película inglesa! Bueno, aunque se trate de la película de un norteamericano: Joseph Losey, realizador de *El niño del cabello verde* y *La ronda del sospechoso*, entre otras, es una especie de emigrado político que debió salir de su país en la época macartista.

El recuerdo de los anteriores films de Losey que hemos podido ver es tan lejano que, de hecho, *Blind date* ha venido a revelarnos una de las personalidades más importantes del cine actual. Losey, por otra parte, está de moda en Europa y muy particularmente en París, donde un curioso sector de la crítica, el "macmahonista" (llamado así porque el cine Mac Mahon exhibe sus películas favoritas), ha hecho de él uno de sus ídolos máximos. Esos jóvenes críticos, en su afán iconoclasta, repudian incluso a realizadores como Eisenstein y a Orson Welles, al mismo tiempo que proclaman su admiración por Otto Preminger, Joseph Losey, Raoul Walsh, Don Weiss, Fritz Lang, Vittorio Cottafavi... y nadie más, de hecho.

Desgraciadamente, no siento la necesidad de renunciar a mi admiración ferviente por el gran Orson y, sobre todo, por S. M. (Su Majestad) Eisenstein para estar de acuerdo en que también Losey es un gran realizador. Y es que Losey, en definitiva, me entusiasma por lo mismo que me entusiasman Bergman, Eisenstein o Tashlin, siendo todos ellos tan distintos; por el simple hecho de que son verdaderos autores, o sea, por la común capacidad que tienen de prolongarse a sí mismos, de expresarse a través del cine. Y pasemos a hablar del film.

El tema y la anécdota de *Blind date*, en manos de cualquier realizador común y corriente, hubiera dado origen a un film policíaco más, sin mayor importancia. Pero con Losey, las limitaciones genéricas desaparecen. Estamos en realidad ante un profundo estudio de caracteres.

La posición ideológica del realizador —que fuera, por cierto, discípulo de Bertold Brecht— se advierte en su intención de dar a los tres personajes principales una determinación social. Lo curioso del caso está en que el "sentido de clase" de esos personajes, por decirlo así, se manifiesta en condiciones aparentemente no propicias. Es decir: habrá que

reconocerlo tras las máscaras habitualmente convencionales del "artista" o del "policía" cinematográficos.

Entre ese artista, ese policía y la mujer que completa el trío se establecen unas relaciones que trascienden claramente lo anecdótico. Utilizando en forma increíble a sus actores, Losey nos revela cierto tipo de predisposiciones, de estados anímicos *a priori* que sólo pueden explicarse por la naturaleza social de los personajes. Desde el principio y a pesar del tono brusco con que le trata, sabemos que el policía simpatiza, se solidariza, podría decirse, con el pintor; por otra parte, la mujer —una ricacha— que está decidida desde el principio a entregarse al pintor para llevar a cabo sus planes, habrá de vencer una aversión muy particular hacia él. (Recuérdese el hecho significativo de que ella rechaza el primer contacto físico del hombre, cuando éste le tapa los ojos en la galería de arte). Finalmente, está claro que si el pintor se siente atraído físicamente por la mujer, también siente desde un principio por ella una suerte de repugnancia moral. En el fondo de todo ello, se advierten típicas posiciones de clase.

¿Cómo decir todo eso en cine? Losey se apoya en el juego de sus actores, juego en el que tendrán importancia reveladora los más imperceptibles matices, los menores detalles. Pero no se trata —como en Kazan—, de partir de una identificación previa del actor con el personaje. Es evidente que toda la labor de los actores está *compuesta*, reglada por el realizador, aun en esos pequeños detalles que tanta importancia tienen.

Hasta aquí vamos con Brecht. Pero Losey es un hombre de cine y sabe que las experiencias brechtianas trasladadas a la pantalla sin una adecuación al realismo intrínseco de la imagen cinematográfica, pueden conducir al expresionismo más falso y amanerado, a la conversión de los seres humanos en meros símbolos abstractos.

Que yo recuerde, pocas veces había visto superada en tal forma la contradicción entre el realismo (o clasicismo, podría decirse) *necesario* del cine y la dimensión simbólica de unos personajes. Para ello ha sido precisa una labor de equilibrio que sólo se rompe en algunos momentos de la actuación —por lo demás excepcional— de Hardy Kruger. (Baker y la Presle también están formidables.)

En la utilización del decorado apreciamos un fenómeno semejante. En su barroquismo, Losey revela un deseo de dejar la constancia del gusto de la época, con todas sus implicaciones sociales y psicológicas. Pero, junto a ello, la forma en que, siguiendo la lógica de lo real, la iluminación de las escenas es convenientemente administrada, y la forma en que,

gracias a los movimientos de cámara, se logra dar amplitud al espacio en que se mueven los personajes, alejan al film del "caligarismo", del expresionismo gratuito.

En el corte mismo de las escenas hay una audacia que a simple vista podría parecer gratuita de no estar apoyada en una sutil trama psicológica. Por ejemplo: el corte con que se pasa del rostro interrogante de Stanley Baker al cuadro de Rouault, iniciándose así un "flashback", sólo se justifica por la existencia de una continuidad psicológica que da al film su tono mismo. Y yo diría que su sentido.

Por todo ello, el cine de Losey representa un encuentro efectivo entre la realidad y el concepto, entre la verdad objetiva propia del cine y el estilo de un creador. No hay duda: cuando menos, los mencionados macmahonistas han elegido muy bien a uno de los cuatro o cinco dioses de su exigua mitología.

DOS PELÍCULAS DE GEORGE CUKOR

SU PECADO FUE JUGAR (*Heller in pink tights*). Argumento: Dudley Nichols y Walter Bernstein, sobre la novela de Louis L'Amour. Foto (Technicolor): Harold Lipstein. Música: Daniele Amphiteatrof. Decorados: Hal Pereira y Eugene Allen. Intérpretes: Sofia Loren, Anthony Quinn, Margaret O'Brien, Steve Forrest, Edmund Lowe, Ramón Novarro. Producida en 1959 por la Paramount (C. Pointi, M. Girosi).

LA ADORABLE PECADORA (*Let's make love*). Argumento: Norman Krasna. Foto: (Cinemascope, De luxe) Daniel L. Fapp. Música Lionel Newman. Decorados: Lyle R. Wheeler, Gene Allen. Coreografía: Jack Cole. Intérpretes: Marilyn Monroe, Ives Montand, Frankie Vaughan, Tony Randall. Producida en 1960 por la Fox (Jerry Wald).

La exhibición casi simultánea de estos films permite hacer la exégesis, absolutamente necesaria, de uno de los directores norteamericanos más talentosos y, a la vez, más desconocidos: George Cukor. (Los títulos en español de ambas películas son demasiado estúpidos para ser tomados en cuenta; para abreviar, las llamaremos *Heller* y *Let's*).

Cukor tiene, cuando menos, fama de ser un excelente director de actores. Fama muy justificada: a Cukor le debe Greta Garbo su mejor película (*Camille*, 1936) y Katherine Hepburn el ser, prácticamente, lo que es. (Cukor la ha dirigido ocho veces desde 1932). Pero justo es recordar otros alardes de actuación de-

trás de los cuales estaba el mismo director: el de Frederic March en *La real familia de Broadway* (1930); los de N. Shearer, J. Crawford y R. Russel en *Mujeres* (1939); el de la misma Joan Crawford en *Un rostro de mujer* (1941); el de Ingrid Bergman en *La luz que agoniza* (1944); el de Ronald Colman en *El abrazo de la muerte* (*A double life*, 1948), el de Lana Turner (¡sí, señor!) en *Páginas de mi vida*, (*A life of her own*) 1950; el de Judy Holliday en *Nacida ayer* (1950), los de Gene Kelly, Kay Kendall, Mitzi Gaynor y Taina Elg en un film fabuloso, *Les girls* (1957), etc., etc.

La buena utilización del actor tiene una importancia enorme en la creación cinematográfica, puesto que en ningún otro arte el artista cuenta con ese material privilegiado que es el ser humano mismo. Sin embargo, Cukor demuestra en *Heller* ser algo más que un espléndido director de actores. Y es que *Heller* es un film enteramente *suyo* aunque no lo haya producido ni escrito, mientras que *Let's* no es sino un encargo de Jerry Wald, todopoderoso mandamás de la Fox, que Cukor ha cumplido honestamente.

¡Qué pocas veces se ha visto en el cine una reconstrucción de época como la de *Heller*! Estamos ante un oeste americano tan auténtico que resulta difícilmente identificable con el que el gran género tradicional suele retratar. Por ello, *Heller* deja de ser un *western* para convertirse en un documento de época. Un documento sin pretensiones naturalistas, evidentemente, puesto que se trata de una película de amor. La identificación, en un pasaje del film, de Sophia Loren (¿cuándo había sido esta mujer utilizada en tal forma?) con Elena de Troya

nos da la clave del film. Hay que insistir en ello: *Heller* (que tan fácilmente puede convertirse en *Helen*), más que un *western* es una muestra de lo que entendemos por comedia americana y, por lo tanto, su misión es la de proponernos un tipo de mujer omnipotente.

En el *western* ya hemos visto varias veces un tipo de mujer que se impone a los hombres sin escrúpulos que la rodean. Pero, tradicionalmente, se ha impuesto a costa de su propia feminidad, convirtiéndose en una suerte de marimacho decidido, por encima de todo, a conservar su honor. Lejos de los pruritos moralistas de los Hearst, Cukor no se preocupa por el honor de su heroína, que ya sabemos de sobra perdido, sino por su capacidad de *poetizar*, a través del amor, el mundo que le rodea.

Let's make love es un buen film y, sin embargo, es indudablemente inferior a *Heller*. Cukor ha debido hacer concesiones a un tipo de humor que se basa, sobre todo, en el diálogo, abusando del "private joke" y de los tópicos de moda. Pese a que es dado encontrar en el film la misma inteligente utilización del decorado (que nos da la dimensión psicológica de dos mundos opuestos: el de los negocios y el del "show business"); pese a que, en la formidable introducción del film, vuelve a encontrarse el mismo gusto en reconstruir las épocas pasadas; pese a que Marilyn está imponente (aunque menos que Sophia en *Heller*) y a que la escena erótica del final, en el ascensor, es de antología, se nota en Cukor cierto espíritu de sometimiento. Así, técnicamente, se nos muestra rutinario; sus composiciones contracampos son abusivos y es evidente que la espléndida coreografía de Jack Cole

(el mismo de *Les girls*) no tiene el espacio necesario para desenvolverse. Falta en el film la centelleante inventiva, el deleite en lograr *imágenes* que caracterizan a *Heller*.

NOTAS SOBRE OTROS FILMS

EL PUENTE (*Die bruecke*, 1959), película alemana de Beinhard Wicki. Intérpretes: Volker Bohnet, Fritz Wepfer, Michael Hinz. Respeto el entusiasmo que esta película ha despertado en personas para mí muy estimables. Pero, francamente, en el film de Wicki, más que un grito contra la guerra, veo un lamento patrioter y pequeño-burgués contra el hecho de perder la guerra. Por lo demás, Wicki no desaprovecha una sola ocasión de lograr los efectos más baratos y más fácilmente previsibles.

EL ÚLTIMO VIAJE (*The last voyage*, 1959), película norteamericana en cinemascopio y a colores de Andrew L. Stone. Intérpretes: Robert Stack, Dorothy Malone, Edmond O' Brien, George Sanders. Stone, especie de sub-Hitchcock, alcanza un *suspense* puro basado en las más increíbles convenciones argumentales. Empresa interesante, quizá, aunque nada convincente y bastante desagradable.

HERENCIA DE LA CARNE (*Home from de Hill*, 1959), película norteamericana en cinemascopio y a colores de Vincente Minnelli. Intérpretes: Robert Mitchum, Eleanor Parker. Al tratar de pisar los terrenos de la tragedia pura, el desenvuelto y elegante Minnelli resbala en la forma más lastimosa.



Deseo y destrucción: "encuentro entre la realidad y el concepto".

TEATRO

Por José Luis IBÁÑEZ

LA GAVIOTA

“**L**AS PIEZAS de Chéjov no revelan de primera impresión todo su significado poético... No pocas veces el primer contacto con ellas llega a desilusionar. Parece que después no hay nada que pueda relatarse... Pero, cosa rara, cuanto más libertad y rienda suelta se da al recuerdo, tanto mayores son las ganas que se sienten de pensar en la pieza... Se vuelve a leer, y se advierte que... Chéjov es inagotable... que sus piezas rebasan acción y movimiento, no en lo exterior, sino en su desenvolvimiento interno. En la misma indolencia (diríase inactividad) de los personajes creados por él, late una complicadísima vida interior.”

“Los espectadores comunes pasan insensiblemente de un estado de ánimo a otro... hacia un lugar desconocido. Y al experimentar, al vivir cada uno de esos estados por separado, uno se siente en la tierra, en medio de la espesura de la pequeña vida cotidiana, con el alma colmada de una gran ansiedad que busca salida.”

Por ejemplo:

Un joven, desesperadamente enamorado, deposita a los pies de su amada, así no más, sin sentido alguno, por no tener nada que hacer, una hermosa gaviota blanca que acaba de matar. Otro personaje repite y repite la misma frase durante toda la pieza. Súbita, inesperadamente, una madre frívola y pedante insulta con vulgaridad y violencia a su hijo, que es un soñador, un idealista. Y al final, se oyen las gotas de la lluvia contra los cristales, hay viento, silencio después; un grupo de amigos juega a la lotería; se oye un vals de Chopin. “Un poco más tarde, un disparo... y la vida se acabó.”

Estos comentarios sobre el teatro chejoviano (sobra señalar que son de su más profundo conocedor y propagandista: Stanislavsky), bastan para llamar la atención sobre los principales problemas que surgen al interpretarlo y representarlo en escena, y que no fueron solucionados adecuadamente por el grupo Teatro Club en su producción de *La gaviota*.

Rafael López, director de escena en esta ocasión, permite imaginar que su acercamiento al texto ha sido cuidadoso. Los actores, también. Pero la consecuencia de esta labor conjunta no es satisfactoria.

A mi juicio, la gran equivocación del grupo en cuanto a *La gaviota*, es haber escogido un escenario circular para representarla. Por ahí han empezado a desaparecer los innumerables detalles en que se apoya la estructura de la pieza. Un espacio tan limitado, hace forzosa la economía de recursos en la escenografía y conduce

a que el público no pueda diferenciar fácilmente los lugares en que está ocurriendo la acción, y que en *La gaviota* deben quedar definidos con toda claridad.

La dirección misma no logró establecer el *tempo* que requiere el teatro de Chéjov, aunque evidentemente se haya preocupado por hacerlo. Lo que vemos y oímos es una fallida lucha del director y de los actores por darle a la indolencia, a la inmovilidad, al desgano, a la lentitud y a la melancolía de los personajes chejovianos, así como a la anti-velocidad de su vida, un valor dramático que estremezca y conmueva al espectador como a ese director y a esos actores les ha estremecido y conmovido la lectura de la pieza.

Los integrantes del grupo no han logrado transmitir al público, en su versión de *La gaviota*, todo lo que el texto les habrá permitido experimentar e imaginar.

Así, quedamos frente a una representación mejor concebida que ejecutada, y que más que a la penetración del universo al que intentan animar, conduce a la indiferencia o al desconcierto del espectador.

En todas las grandes obras de teatro siempre hay algo más que las palabras. En *La gaviota*, como en todas las piezas de Chéjov, las palabras conducen paulatina y suavemente al silencio, que de pronto se vuelve más elocuente y expresivo que las palabras mismas. Los personajes hablan y se esconden tras las palabras; cuando nadie lo espera callan, y al enmudecer descubren toda su verdad. Una mirada, en el teatro chejoviano, puede llevar al espectador hasta lo más profundo del alma humana y precipitarlo en ella sin remedio y sin escapatoria. El movimiento, la actividad, el discurso, son disfraces. Cuando dejan de recurrir a ellos, la vida interior de los personajes se ilumina y deja de ser secreta. Un momento de luz, y el teatro de Chéjov nos habrá introducido en el alma de los hombres.

Si falta esa luz, como en *La gaviota* que ha realizado el Teatro Club, el espectador se pregunta por qué se dicen y suceden tantas incoherencias en la escena. Y cuando el joven enamorado se pega un tiro, no comprende por qué allí, donde parece que no ha sucedido nada al cabo de dos horas que han podido ser dos años, la vida se acaba de pronto durante un juego de lotería.

A la compañía Teatro Club le han faltado, en su versión de *La gaviota*, los detalles más reveladores que acaban por traer esa luz de la que hablaba, y sin ellos ¡cuántas frases se desvanecen!, ¡cuántos pensamientos pasan inadvertidos al espectador! Los personajes de *La gaviota* dicen que sufren, y actúan como si eso



Héctor Ortega



La gaviota de Chéjov

no fuera cierto. La versión escénica a que nos referimos no logra transmitirnos el por qué ni el cómo.

Emma Teresa Armendáriz desempeña el papel de Nina, *La gaviota*, transmitiendo el optimismo que la domina al principio, la melancolía después y el sufrimiento y la derrota que la atormentan finalmente. De esos estados de ánimo, Emma Teresa ha partido para penetrar en su personaje y vivirlo con notorio apasionamiento; pero sus medios de expresión no le obedecen para lograr que el público penetre en Nina tanto como debiera y la actriz quisiera. Exteriormente, Emma Teresa no llega a ejecutar toda esa justa variedad de gestos, ademanes, miradas, etcétera, que la ilusoria presencia de un personaje teatral requiere. Por otra parte, debe corregir su especial manera de pronunciar y su deficiente articulación.

Jorge del Campo recurre preferentemente a su voz y a su rostro, y no a todo su cuerpo para darnos a conocer a Treplev. La discreción de sus movimientos contribuye mejor a darle una dignidad a su persona, que a completar el personaje que suena en su voz e imaginamos por su rostro. Más consciente de esa voz que de otras facultades, aprovecha aquélla, y a éstas solamente las vigila para que no le estorben.

Claudio Brook, cuya apariencia corresponde espontáneamente a la supuesta para Trigorin, casi no hace sino prestarla y no más. Repite sus parlamentos, hace algunos gestos lógicos y pasa por la representación. No se nota que haya preparado con esmero uno de los personajes más interesantes y sobresalientes de la pieza.

Carmen Sagredo, con menos edad que la que tiene la señora Arkadina que ella interpreta, no se cuidó de los perjuicios que le causa esta circunstancia (que la edad del actor Jorge del Campo subraya doblemente, y que la disposición del es-

cenario circular no permite ocultarle al público con facilidad). Carmen Sagredo actúa el nerviosismo, la irritabilidad, los exabruptos y la pedantería de Arkadina, en la manera tradicional que se observa comúnmente en los escenarios. Es, a mi juicio, una actriz cuyas facultades reclaman el uso contrario, y en esta ocasión ha igualado lo convencional de las reacciones de la actriz Arkadina, con el modo convencional en que ella, la actriz Sagredo, las ha representado.

Entre los demás hay que señalar:

I. Los anticuados recursos de Edmundo Barbero y su torpeza al no ajustarse al tono y estilo de sus compañeros.

II. La convincente "caracterización externa" de María Rubio y Miguel Suárez (desorientados, en cambio, en el desempeño de sus papeles).

III. El acierto de Jorge Mateos en su composición de Medvedenko, que resulta la más próxima a fundirse con el texto.

Del resto del reparto, Eugenia Avenadño se aleja cada vez más de Mascha, mientras que Roberto Gálvez, Guillermo Martínez y Esther Hernández entran, estorban, balbucean y salen sin haber advertido lo que han hecho.

Queda por juzgar la escenografía de Julio Prieto, que es el más prestigiado de los escenógrafos mexicanos y el que (a mi juicio) se equivoca con más frecuencia. Para *La gaviota* ha sugerido los decorados necesarios, en función del Teatro del Granero, reduciéndolos a su mínima y paupérrima expresión; ha descuidado notoriamente el uso del color (que pudo haber vencido las limitaciones del cruel escenario circular si la imaginación hubiese intervenido); ha colocado unos muebles de una pobreza teatral en verdad lamentable; y ha construido unas ventanas y unas puertas tan endeble que se estremecen con sólo tocarlas y atrapan la mirada del espectador hasta que puede cerciorarse de que no se van

a caer por su propio peso. En suma, ha despojado a la obra de su ambiente físico. No ha correspondido a su prestigio.

PANTOMIMAS

Pocos días después de estrenada su versión de *Las sillas*, Alexandro presentó un programa de pantomimas que incluye algunas de las más clásicas, en combinación con una sucesión de pantomimas de manos y un mimodrama original suyo titulado *La máquina de oro*, que ha venido alternando con las representaciones de la obra teatral ya mencionada.

En la primera parte del espectáculo, los alumnos de Alexandro ejecutan varias pantomimas que Marcel Marceau nos dio a conocer en su visita del año pasado y con las cuales se hacen burlas y caricaturas de algunos aspectos de la vida moderna. El más destacado discípulo es, sin duda, Héctor Ortega, que en su intervención del *Prestdigitador* da nuevas pruebas de su talento para el teatro, y en este caso particular, de sus aptitudes como mimo. En la segunda parte, las solas manos del grupo prosiguen las caricaturas con verdadera gracia e ingenio. Finalmente, *La máquina de oro* constituye el espectáculo más interesante del momento, con su derroche imaginativo, plasticidad y pureza teatral. *La máquina de oro* es, sobre todo, un gran juego de imaginación, algo que pocas veces vemos en México.

A la extraordinaria calidad del espectáculo contribuye el bailarín Guillermo Arriaga, interviniendo como protagonista del mimodrama y alcanzando momentos espléndidos.

Con plena conciencia de lo que en el teatro puede lograrse con los elementos más sencillos y simples, y valiéndose de su capacidad inventiva, Alexandro ha empezado a mostrar los beneficios de su labor en México.

LIB

QUETZALCÓATL POR DENTRO

Por Ramón XIRAU

CUANDO SUPE, antes de conocer el poema, que Agustí Bartra había escrito su *Quetzalcoatl*, confieso que me invadieron las dudas. ¿Era posible escribir un poema mítico? ¿Existe en el hombre de hoy capacidad de epopeya? ¿Podría crearse un poema viviente a partir de la imagen histórica? Conocedor de la obra catalana de Bartra (*Marsias i Adila, L'arbre de foc, Odisseu*) sospechaba un excelente poema. La lectura me ha revelado un poema excepcional que arrebató de principio a fin, imagen tras imagen, verso tras verso, de uno a otro versículo, porque el *Quetzalcoatl* de Bartra logra elevar, por la palabra, esta palabra interior que nos funda —así lo diría él mismo— a todos nosotros.

No es posible expresar en una nota las dimensiones multiplicadas de un poema que se distingue por su riqueza ideológica, por su plasticidad metafórica, por su penetración metafísica (de una metafísica a nivel del hombre en las regiones del mito), por su diversidad de entonaciones musicales y rítmicas. Creo, sin embargo, que es factible apuntar algunos de los motivos centrales de este Canto en quince cantos.

Muy en primer lugar explico el título de esta nota. Uno de los peligros que surgen para el autor de un poema fundado en un mito es el de caer en los datos exteriores que ofrece la historia. ¿No le ocurrió a Flaubert que al escribir *Salambo* acabó por reconstruir piedras en lugar de darnos vivencias actualizadas? Pues bien, gran parte del éxito de Bartra se debe a que no ha escrito sobre *Quetzalcoatl*, sino desde *Quetzalcoatl*, un canto que nos atañe a todos porque deja de ser histórico —sin dejar de ser referible al mundo indígena de México— para llegar a ser experiencia de ahora, de hoy, del hombre que somos, a nuestro modo, imagen del hombre de todos los tiempos y lugares.

El tema que subraya estos quince cantos es sin duda el del eterno retorno. Y el eterno retorno (“Trazo el signo de Tonatiuh: el círculo”) no se concibe —ya lo veía Mircea Eliade— sin centro del mundo. El mundo que concibe Bartra es un mundo circular. Pero hay círculos y círculos. Una de las formas del eterno retorno —acaso la de Borges— nos remite a la inmovilidad, puesto que el acto presente fue y será repetido exacto a sí mismo en cada ciclo. La otra forma —la de Heráclito, la de Bartra— consiste en concebir el eterno retorno como una constante renovación, una lucha de vida y muerte que nos conduce a nueva y renovada vida. El hombre, su existencia, su historia, ya no se ahogan en repetición, sino que se abren en la espiral del ascenso. “Algo muere en todo nacimiento y algo nace en toda muerte”, dice Bartra, y precisa, más adelante:

*Me asemejo a todo el mundo y nunca
seré repetido.*

¿Cuál es el sentido profundo de este concepto del hombre y de su historia? Hecho de opuestos y de contradicciones que lo desgarran en su centro, el hombre es caída y ascenso, (Tetzcatlipoca y Quetzalcoatl). Mas precisamente, es, al mismo tiempo, caída y ascenso porque el ascenso no puede entenderse sin la gravedad de los abismos (“Digo que sólo se llena lo que se hunde”; “creo que sólo asciende lo que pesa”). Nuestra parte de luz requiere la presencia de la sombra, el fuego hecho de ascensos prometeicos reclama a la tierra material y voluntariosa en sus gravitaciones; el aire-alma y el agua-reposo piden la presencia del viento y la fuerza de un oleaje “clamor del mar”.

Distante de sí mismo dentro de sí mismo, el hombre se desdobra en dos porciones que se ausentan y se atraen: el tú y el yo, lo mismo y lo otro, la soledad y la comunión. No estamos aquí ante los círculos infernales de Swedenborg. Circularidad es ascenso en la caída, gloria en la falta, humanidad hecha de gravedad y gracia. Y el hombre conserva su intransferible unidad rodeado por sus enemigos hermanos, sus necesarios opuestos.

¿Y el canto? Creo percibir en el poema de Bartra (“Cantar es desembocadura”; “Cantar es llegada”), que el canto es para él, como para Rilke, la fundación misma de la existencia. Símbolo de los hombres, y de los dioses, el *Quetzalcoatl* de Bartra es también la imagen del poeta capaz de desdoblarse para fundar la realidad. Como *Quetzalcoatl* el poeta “sale de la canción de la niebla a la noche del cielo estrellado”.

Alguna vez sugería Bartra que todo el sentido de la vida humana podría encontrarse en el mito de Sísifo si se completaba con la significación del mito de Prometeo. Cabría entonces, y verdaderamente, imaginarse a un “Sísifo feliz”. En su *Quetzalcoatl* Bartra ha sabido reunir los contrarios: el hombre, en su constante tarea de ascenso y caída, aprende a subir hacia más altas perfecciones. Así *Quetzalcoatl* es un canto a la libertad luminosa y sombría de todos los hombres. Lo sabe Bartra:

*Del junco no imito su servidumbre
al viento,
sino su resistencia a dejarse arrancar
de la tierra.*

P. BOSCH-GIMPERA, *El Problema Indoeuropeo*. Apéndice de M. Swadesh. U.N.A.M., México, 1960, 386 pp., 20 mapas.

EL AUTOR confiesa al principio de este trabajo su interés por los pueblos indoeuropeos; este problema lo atrajo desde la época de su formación profesional y lo ha conservado durante

todos sus años de prehistoriador. Ahora, con algunas décadas de por medio, vuelve a entrar en él para explicarnos cómo se halla planteado por la prehistoria actual y qué grande es la complejidad que todavía presenta.

Los pueblos de la humanidad han tenido que formarse. Esta formación se va integrando por medio de un proceso que los historiadores, los lingüistas, los arqueólogos y los antropólogos físicos tratan de reconstruir en sus intrincados cambios. Las numerosas dificultades de este devenir humano no fueron apreciadas por los primeros investigadores de la prehistoria. Así, se ve que presentan la tesis de un pueblo indoeuropeo único y primitivo (llamado el “Urvolk” por los investigadores alemanes) que se forma en una localidad y que habla una lengua. Y no sólo los lingüistas apoyaron esta idea por medio de la teoría genealógica de un tronco lingüístico indoeuropeo; también los antropólogos físicos identificaron a los primitivos indoeuropeos con la raza nórdica.

A medida que avanzó el conocimiento prehistórico, fue aportando nuevos datos que permitieron distinguir algo mucho más caótico de lo que antes pudo alguna vez pensarse para estas épocas formativas de nuestra humanidad. Problema como el del mestizaje lingüístico y el de la heterogeneidad cultural del neolítico —última etapa primitiva— aparecieron cada vez más palpables.

Esta diversidad de culturas, de lenguas y de tipos humanos han condicionado numerosas hipótesis para situar el origen de los pueblos, no ya del pueblo, indoeuropeos. Y aquél que sienta pasión por el laberinto del pasado, hallará en esta obra una revisión completa de las numerosas tesis presentadas por los investigadores más reputados dentro del campo de la prehistoria europea.

Ha quedado plasmada con este trabajo una auténtica enciclopedia prehistórica de la cultura occidental, que viene a completar obras que, como la de H. Alimen, nos presentan un panorama de la gestación histórica de nuestra civilización.

En el capítulo de las conclusiones, Bosch-Gimpera propone que para continuar el trabajo reconstructivo del proceso de formación de los pueblos indoeuropeos, hay que descartar por completo las teorías de un pueblo originario, una patria originaria y una lengua originaria para todos ellos; y también hay que desechar la subdivisión de los mismos según el sistema de ramificación de un árbol genealógico, y el uso de nombres de pueblos históricos para los primeros grupos indoeuropeos. Y apunta, que a pesar de toda su complejidad, el problema indoeuropeo estará en camino de resolverse “cuando se obtengan resultados convergentes de las distintas técnicas de investigación, en que los lingüistas, arqueólogos e historiadores estén de acuerdo. Mientras unos y otros no puedan llegar a tal convergencia unos u otros sigan un camino falso.”

Completa esta minuciosa obra, un Apéndice de M. Swadesh que correlaciona datos arqueológicos de migraciones indoeuropeas con lenguas indoeuropeas del siglo XIII a. de C.

J. E. R.



PRESENCIA DE XAVIER VILLAURRUTIA. "¡Seré polvo en el polvo y olvido en el olvido! / Pero alguien, en la angustia de una noche vacía, / sin saberlo él, ni yo, alguien que no ha nacido / dirá con mis palabras su nocturna agonía." En estos versos, Xavier Villaurrutia (muerto en la noche de navidad del 1950) confirmaba el sentido que alentó su breve obra poética. Habitado a rescatar del curso de la noche las imágenes que petrificarían su soledad, el hombre que vivió gastándose para su fin, halló que esa pasión trascendería la muerte y a la postre, sería el testimonio que justificara su trabajo lírico.

Diez años han bastado para saber que Villaurrutia no morirá del todo y que, si muy pocos recuerdan al hombre que con sus textos y pretextos modificó la expresión artística del mexicano, el lívido y riguroso autor de algunas Décimas y Nocturnos ejemplares será nombrado al par de nuestros más grandes poetas. En revistas como *Ulises*, *Contemporáneos*, *Letras de México* y *El Hijo Pródigo*, dejó Villaurrutia los ensayos y notas que marcaron sus preferencias y su actitud ante los cambios de un arte que iba variando con la historia y hacía cambiar la realidad. Atento al cine y la pintura, el crítico impuso algunas de las formas que hoy son costumbre en las publicaciones nacionales. Su labor periodística, cumplida en el espacio de veinte años, es casi tan importante como su influjo en las corrientes que reanimaron nuestro teatro. En la escena, las actividades de Villaurrutia no se limitaron a la elaboración de piezas que asombran más por la inteligencia de sus diálogos que por su auténtica eficacia dramática. Director y traductor, ofreció a un público que admiraba el melodrama y la zarzuela, las obras de esos autores que llevaron a nuevas concepciones el gran teatro del mundo.

Por encima de estas motivaciones, hoy, sobre todo, interesa el poeta que, iniciado en un mundo que poblaban los enseres gratos a López Velarde, elevó el canto de su angustia a una zona de pureza y contención no repetida ni probada en México. Ya el mejor ensayo que se escribió sobre sus libros —el prólogo de Alí Chumacero a la edición *Poesía y teatro completos* (1953)— advertía que su postura no era otra que la adoptada por Rilke y, atrás los siglos, por los poetas españoles, esencialmente Quevedo y Calderón. Antes, en 1938, Octavio Paz vio en *Nostalgia de la muerte* los signos de una conciencia que trasmitía sus más profundas impresiones, el rescate creador de la muerte que va creciendo sobre nuestras vidas. Afín a otros espíritus, Villaurrutia precisaría, para revelarse ante sí mismo, de la lectura de Supervielle y André Gide. Sonámbulo, despierto y dormido a

la vez, hablaría finalmente de "vivir después de haber muerto." Acaso su *Epitafio* sea lo más justo para dar fin a esta recordación: "Duerme aquí, ¡silencioso e ignorado, / quien en vida vivió una y mil muertes. / Nada quieras saber de mi pasado. / Despertar es morir. ¡No me despiertes!"

MIMESIS Y CREACIÓN. Director del Museo de Arte Moderno de París, Jean Cassou ha publicado recientemente un *Panorama des artes plastiques contemporaines*. Destinado a un amplísimo público, trata de elucidar este fenómeno, de situarlo y relacionarlo con otros aspectos del universo contemporáneo. Cassou entiende que la evolución, realizada en contra de la sociedad y los poderes oficiales, se inicia con la pintura de Paul Cézanne, que al luminoso encanto de los impresionistas, opone la severidad de una conciencia artística en la cual la naturaleza viene a ser una construcción sometida al libre juego del color. La división de las formas, operada por el neopresionista Seurat, anticipa el cubismo y el futurismo, búsquedas que rehusan la servidumbre ante el objeto y en su elaboración del espacio visible engendrarán el arte abstracto, mejor llamado "no figurativo".

Lejos de representar servilmente la vida, la plástica moderna es una *expresión*, y el artista moderno (llámese Picasso, Braque, Rouault, Klee, Mondrian, Leger, Matisse, Kandinsky o Giacometti) en sus creaciones no trata de definir el mundo de las apariencias del mismo modo que se presenta a los sentidos: formula las relaciones de conciencia a objeto que lo hacen aceptar o rechazar ese orbe tangible.

Contra la incompreensión, contra el desprecio, la pintura supo encontrar nuevos "lenguajes" por medio de una libertad que ha propiciado más el hallazgo que el exceso. El retraso de siglos que el gusto común observa respecto a la materia, puede ser mitigado a través de estudios como este de Cassou, que a la significación de sus palabras junta los documentos fotográficos que prueban la aventura y el orden del vasto arte moderno.



EL TIBURÓN Y LAS SARDINAS. *La política de los Estados Unidos en América Latina* (1913-1916) es el tema y el título de un ensayo de Arthur S. Link que ha editado el Fondo de Cultura Económica. Link redactó su texto con fabricada imparcialidad y con presunta simpatía hacia los pueblos que han sufrido el rigor de ser vecinos de una de las naciones más poderosas en la tierra. Sin proponérselo, Link traza un capítulo de la biografía del imperialismo, justificando —a la luz de los hechos y de los testimonios aquí expuestos— la animadversión que los hispanoamericanos sienten por el gobierno (no por el pueblo) norteamericano. La etapa que cubren estas páginas es altamente significativa y predice la posibilidad de un libro que se ocupara de las actividades intervencionistas: desde el conflicto texano y la invasión a México en 1846, hasta el problema que las medidas revolucionarias cubanas plantean a las promesas de la Casa Blanca. La actitud de los Estados Unidos al finalizar el siglo XIX —y con él, la dominación española sobre las islas del Caribe—, las violaciones consumadas más tarde en Centroamérica, hacen pensar en la justificación del dolorido sentir con que nuestros países enjuician a Norteamérica. Pero Link quiere convencernos de que Woodrow Wilson y su secretario de Estado, William J. Briand, fueron dos idealistas ajetreados en imponer una política exterior regida por la igualdad y por la justicia. Sus afanes resultaron vencidos por la situación internacional y las exigencias económicas que hacían inevitable el proteger los intereses amenazados por conflictos internos. Defensor de la autodeterminación y de la autonomía, Wilson olvidó su ética y sus aspiraciones fraternales al enviar la ira de sus ejércitos contra los pueblos que dirimían su libertad. El desembarco de la escuadra yanqui en Veracruz, la violación del territorio mexicano con el objeto de castigar las depredaciones realizadas por Villa en algunas ciudades fronterizas y la intromisión en los asuntos de Haití y Santo Domingo, comprobaron que Wilson no vaciló en extenuar su propio idealismo cuando lo reclamaba el interés de los inversionistas en peligro.

El desconocimiento profundo de los alcances y propósitos de la Revolución Mexicana no atempera el uso erróneo de un método personalista y anecdótico que ya la historia ha superado, ni la preocupación por limpiar de toda culpa las agresiones imperialistas — agresiones acaso perdonables con el criterio del vencedor, no del caído. Es visible el fracaso de un autor bien dispuesto a quien sus creencias, sus prejuicios, su nacionalidad condenaron mucho tiempo antes de que empezara a estructurar su libro.